

PETRONILA WAGNER SOSA

PATRIA
Hogar y Fraternidad

ÁNGEL ESTRADA Y CIA.
EDITORES



00089274





PATRIA
HOGAR Y FRATERNIDAD



LIBRO DE LECTURAS MORALES PARA 3.º Y 4.º GRADOS

PATRIA

HOGAR Y FRATERNIDAD

POR

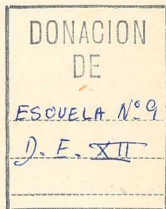
PETRONILA WAGNER SOSA

Serás lo que debes ser y sino,
no serás nada.

Máxima de SAN MARTÍN.

Faltar á nuestros deberes es
atraernos infinidad de males que
nos causarán la desgracia.

P. W. S.



BUENOS AIRES

ÁNGEL ESTRADA Y CIA.—EDITORES

466—CALLE BOLÍVAR—466

1910

Dedico este ramillete de
cuentos y reflexiones, á mi
hermana Elsa.

La autora.

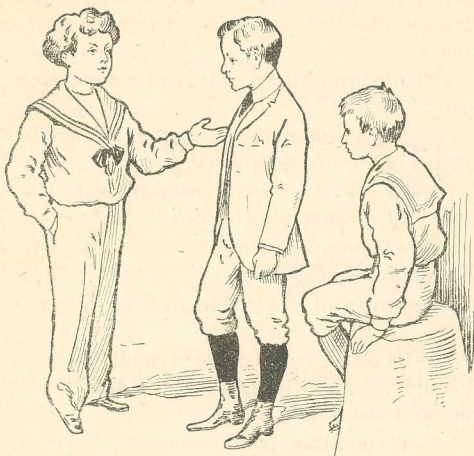
ADVERTENCIA

Como un agregado á los libros de moral, como ejemplos morales aplicados á las severas lecciones del maestro, presentados en forma amena para «instruir deleitando», he escrito esta colección de narraciones, alternando la moral social con la individual y política para que la monotonía del tema tratado seguidamente no canse la atención, conservando, así, el interés despierto.

He creído más práctico incluir una moraleja sobre las reflexiones que las narraciones sugieren, porque penetrando el alumno su respectiva aplicación en el respectivo ejemplo moral, tendrá base para su propio raciocinio; es difícilísimo deducir en la infancia, las consecuencias de las acciones.

Obligará, el maestro, á colocarse en los casos citados, á disertar sobre la conducta que emprendería en tal circunstancia, de manera que las sentencias sean irremisiblemente la respuesta y hará construir oraciones, pensamientos, máximas ó escribir composiciones con las virtudes insertas y su antítesis para enseñar á equilibrar lo justo, guiándose por los extremos, entresacando los diferentes deberes, para acomodarlos en la parte de la moral á que corresponden; verbigracia: si se habla de conscripción se dirá que pertenecen á la moral política; si de caridad á la moral social, etc., y que el bien individual es el bien de la patria, por las razones explicadas en la moral cívica.

LA AUTORA.



I

UNA DISCUSIÓN

Conversaban tres chicuelos sobre su porvenir:

— Yo, decía uno de cara soñolienta y ademanes lánguidos, pasaré mi vida tumbado bajo un árbol y durmiendo.

—Yo, seguía el segundo, mofletudo, sonrosado y fornido, viviré comiendo ricos manjares, de esos que los restaurantes finos cobran un dineral.

El tercero callaba, mirando á sus compañeros.

—¿Y tú, qué harás?—preguntáronle viendo que les observaba en silencio.

—¿Yo? Yo trabajaré toda mi vida y estudiaré en los ratos desocupados.

Dos sonoras carcajadas salieron de entre los rojos labios de los chicos:

—¡Qué tonto!—exclamaron á una.

—¿Tonto?

—Es claro,—contestóle el candidato á eterno dormilón,—en el trabajo gastarás tu salud, peor que no descansando nunca.

—Te pondrás pálido, ojeroso, y en corto tiempo tus fuerzas físicas decaerán,—añadió el comilón en ciernes.

—Para mí, el estudio es un descanso porque me es diversión,—replicóles.—No temáis por mi palidez, mi ojerosidad y mi debilidad del cuerpo. Haré una vida metódica. Alternaré el trabajo con el estudio, éstos con gimnasia, comidas sanas y sobrias, higiene escrupulosa. No trasno-

charé porque robaría horas al sueño, el reparador natural, ni beberé excitantes alcohólicos, sino agua pura ó cuando más un poco de vino bueno.

— Te bañarás en invierno ? — interrogáronle riendo á mandíbula batiente. — ¿ Resistirás al placer de deliciosos platos, á un hermoso runrún y á corridas nocturnas con alegres camaradas ?



— ¿ Y me lo preguntáis ? Amigos míos: vosotros pensáis que la pereza es saludable, que hemos nacido para comer y divertirnos.

— Ya lo creo que sí, — respondieron juntos.

— Estáis equivocados: En la inmovilidad, hallarás lo que me predices, Paco, — dijo al lánguido, — y tú, Miguel, — dirigióse al glotón, — en la gula perderás fuerzas y color.

— ¡ Qué sabes tú, bachiller ! — saltó Paco.

— ¿ Qué me cuentas doctorcito ? — repuso Miguel.

—¿No recordáis las lecciones del señor maestro?—respondió desatendiendo los motes.

—¡Para el caso que le hago!—profirió Paco.

—¡Me las echo aquí!—agregó Miguel tocándose las espaldas.

—¡Mal hecho compañeros!... El señor maestro ha explicado que la pereza aporta las enfermedades, porque el organismo que no trabaja cria la degeneración de los tejidos, la obesidad y la degeneración intelectual; ó el enflaquecimiento y el desgaste físico, según el temperamento; en el orden material, la pobreza, y en el moral acarrea vicios degradantes: el haragán robará, matará para comer, jugará, beberá. Será un desgraciado inútil, no sabrá ningún oficio, un ignorante porque no habrá estudiado, un hombre deshonorado y perjudicial.

—¡Bah!—murmuró incrédulo, bostezando el aludido.

—¿Y á mí, que me predices?—demandó, burlón, Miguel.

—El señor maestro ha dicho, —continuó el pequeño mentor, sordo y ciego á la socarrería de sus compañeros,—que el exceso en el comer impide á las facultades mentales el perfecto desarrollo, avería los órganos principales

por el demasiado trabajo del estómago que llega á un momento de funcionar indebidamente y el goloso enferma, se debilita, su corazón sufre. La gula conduce enfermedades: alimentando el aparato digestivo, con sus secreciones, nuestra sangre, introduciréis, en vuestro cuerpo, gérmenes dañosos que la envenenarán y en vez de daros la vida os dará la muerte.

—¡Vaya con el sabio!—exclamaron, pintada expresión indecisa en sus semblantes.

—Así lo ha enseñado el señor maestro, —concluyó, —si tú, Paco, no te hubieras escondido en el parque, y tú, Miguel, no hubieses estado devorando tu desayuno, habríais atendido esos consejos.

Pensativos los dos niños, temieron, sin demostrarlo, las consecuencias de su pereza uno, de su gula el otro.

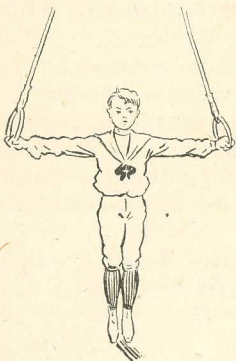
Moraleja :

El método en el trabajo, en el estudio, en los pasatiempos honestos, la higiene con la gimnasia, conservan sanos el cuerpo y el espíritu, beneficiando el alma del individuo, que será bueno por el bienestar físico y moral que forzosamente le brindarán.

El estudio conserva despierta la intelligen-

cia, porque el cerebro que recibe sensaciones no se embota estando en actividad la mente.

No hay que conformarse con lo que se sabe, hay que tratar de conocer nuevos horizontes que amplíen lo aprendido. Haced del estudio un placer, del trabajo un deber grato, de la dili-



gencia una obligación. Daos descanso, que el cuerpo y el espíritu lo piden racionalmente. El exceso de actividad como el exceso en los goces, os perjudicarán. Si por vuestras ocupaciones lleváis vida sedentaria, conceded un espacio á los ejercicios gimnásticos, que os devolverán el desgaste de energías haciendo correr, por todo

el sistema circulatorio, la sangre que había afluído á un punto determinado.

La fortaleza de ánimo es la madre de las virtudes que se hospedan en el alma.



II

LA COLECCIÓN DE ESTAMPAS

De repente se oyeron ayes y ruidos de sillas que caían, en la salita de los niños destinada á estudio y juego.

La institutriz acudió presurosa, en demanda de lo que motivaba el alboroto.

Pepito, informóla que su hermanita Luisita acababa de romperle una de sus más preciadas estampas, la que representaba, á caballo, la estatua del General San Martín, exasperándole, porque si algo amaba entre los juguetes y objetos que formaban el conjunto de las chucherías que le proporcionaban diversión, después de las lecciones sobre historia patria, eran los retratos de los próceres que contribuyeron con sus sacrificios á la emancipación argentina.

Ni jugando toleraba que le contradijeran cuando ensalzaba las virtudes, los sacrificios abnegados de esos hombres cuyo ejemplo deseaba imitar.

Luisita se infiltraba del amor que su hermanito mayor sentía por los héroes, y se extasiaba oyéndole narrar los acontecimientos en que actuaran; pero le gustaba embromarle, alabando algún prohombre extranjero, pues, para Pepito, ninguno había sido tan patriota como San Martín, Belgrano, Moreno, Rivadavia, Brown, á quien consideraba argentino, etc.

Discutiendo, habíanse acalorado. La niña, sin quererlo, tiró demasiado de la cartulina grabada, en cuestión, y un pedazo de la punta yacía en el suelo, donde caían las lágrimas de Pepito que se afligía porque su colección quedaba in-

completa, porque le parecía profanación rasgar, un poquillo aunque fuera, la figura que conservaba venerablemente.

— Cuando sea grande, solía decir, haré como estos santos hombres, me entregaré á la patria,



Belgrano.

la serviré con el cariño y orgullo con que la sirvieron ellos. Si no hay guerras que la destruyan, trabajaré por engrandecerla; trataré de valer mucho, seré un hijo digno de ella, seré siempre recto y justo, enseñaré á quererla.

No estaba resuelto respecto á la carrera que seguiría para honrarla mejor: anhelaba ser maestro como Sarmiento; militar como San Martín, Belgrano y Saavedra; escritor como Monteagudo y Moreno. No daba en que un simple y obscuro campesino que con paciencia abre el surco en la tierra que será fecunda y enriquecerá á la patria, se la sirve.



Moreno.

— Señorita, disculpábase Luisita, en su media lengua de bebé, no lo hice á propósito, y al oído

añadió: con mis ahorros voy á comprar una figura muy linda de ese general, una que vi en la librería, es iluminada; y aliviada por su



Rivadavia.

disposición, sonrió al asentimiento de la institutriz que hizo reconciliar, con un beso, á los dos hermanos, demostrando, al pequeño resentido, que en otros países también ha habido ciudadanos ilustres, que por eso eran poderosos.

Aquel mismo día, Pepito recibió, de manos de Luisita, el nuevo retrato de San Martín. Corrió entusiasmado, á su madre, elogiando el obsequio.

La señora, que alentaba las felices tendencias de su hijo, prometió hacer colocar el retrato en un marco, que se pondría á la cabecera de la cama de Pepito.

Cada mañana, al despertarse, miraría el cuadro, y al decirse interiormente que imitaría las virtudes de los grandes hombres que hicieron una patria, vería que San Martín le



Sarmiento.

sonreiría aprobándole, y él perseveraría en sus aspiraciones, pensó el niño.

Hoy, Pepito es un joven que hace la dicha de sus padres y maestros, es un compañero querido de sus amigos y condiscípulos. Estudia abogacía para ser juez y contribuir, haciendo justicia equitativa, al progreso de la patria.

Moraleja :

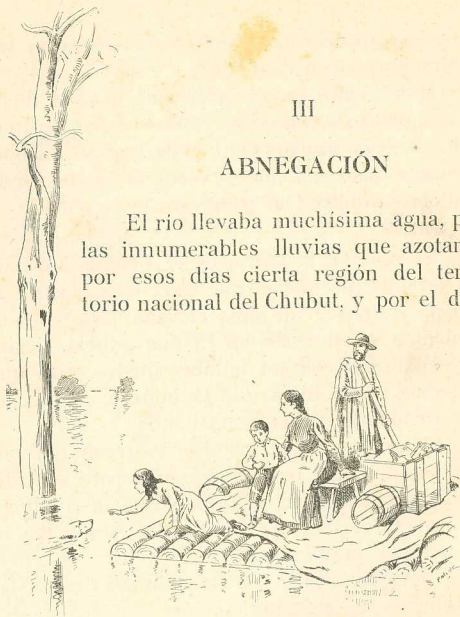
El amor á la patria es el más grande de los amores, porque el que ama el suelo que le vió nacer, posee un alma elevada y puros sentimientos de abnegación. El que anhela, desinteresadamente, ser un hombre ilustre, para que la patria posea hijos que la honren, merece la veneración de sus conciudadanos.

Si las circunstancias no favorecen tan nobles aspiraciones, basta albergarlas para ser estimado por éstas, que reprobable es la conducta del egoísta que trabaja sólo para sí, sin ocuparse de que sus obras sean correctas para no envilecer á la patria con la mezquindad de satisfacer un interés personal.

III

ABNEGACIÓN

El río llevaba muchísima agua, por las innumerables lluvias que azotaran por esos días cierta región del territorio nacional del Chubut, y por el des-



hielo en la cordillera andina. La llanura era un mar que abarcaba leguas de extensión.

En un rancho vivían unos colonos galenses, que, contando con el desastre repetido ya en otras ocasiones, habían construido una balsa,

donde, cubiertos con lonas impermeables, se hallaban acomodados sus escasos enseres, para emigrar.

Contaba, la familia, cuatro miembros: los padres, una niña y un varón.

La balsa, conducida por la corriente y por una especie de remos, adelantaba penosamente en dirección á una altura de terreno, en la que pensaban reposar esperando época más venturosa.



La niña miraba con ojos lacrimosos desaparecer bajo las aguas los árboles de su casita, las plantas que la entretenían cultivándolas y el techo de aquélla, cuya chimenea alcanzó á ver derrumbándose por la presión de las olas. Un ladrido lastimero la sacó de su abstracción: Fox, el perro ovejero que cuidaba la majada puesta á resguardo, Fox nadaba deses-

perado, aullando, por llegar á sus amos. Compadecida, queriendo alentar al animal en lucha con las aguas, inclinóse descuidada sobre el borde de la improvisada embarcación, resbalando y cayendo en la corriente torrentosa por estar cerca del cauce del río, lanzando un grito de angustia.

Su hermano, con sangre fría excepcional, esperó su reaparición en la superficie líquida y al divisarla tiróse al agua, cogiéndola cuando empezaba á sumergirse por segunda vez, imposibilitada de hacer movimientos para sostenerse, porque las ropas se le pegaban al cuerpo.

Comenzó una lucha terrible: los dos hermanos eran arrastrados, á tenor de sus esfuerzos, por el olaje hacia una parte del río famosa por su profundidad; y los padres afirmando, en lo que podían, la balsa, contemplaban con ansia dolorosa la casi segura muerte de sus amados hijos. Arrojáronles unas cuerdas para que se ataran. Sujetáronse los jóvenes y siendo tirados desde la embarcación se aproximaron bastante.

Pero la desgracia les perseguía: los padres, ancianos, débiles, fueron sacados por el peso de los cuerpos de sus hijos y por el desgobierno de

la balsa, flotando, todos cuatro, como papeles, juguetes de la corriente.

Fué horrible: los hijos querían socorrer á los padres, éstos á aquéllos, el esposo á la esposa, ésta á él, los hermanos uno á otro: era espantoso y bello porque en su desatino por socorrerse mostraban el lazo de amor que les unía.

La Providencia, que siempre vela por las almas abnegadas, representada por unos "gauchos" á caballo, atraídos por los ladridos lastimeros de Fox, involuntario promotor de la desgracia, surgió para consuelo de penas.

Montados en sus "pingos", que manoteaban el olaje, los gauchos enlazaron en un santiamén á los náufragos, llevándolos en ancas hasta la balsa, detenida por unos árboles, y luego salvaron al perro.

La familia prodigó efusivas pruebas de agradecimiento á sus salvadores, que, cual si nada hubieran hecho, generosos como todo abnegado, se retiraron galopando, salpicándose con las aguas.

Los de la balsa se abrazaron entonces, dando gracias á Dios por su salvación.

Personas respetables de la capital, pretendieron obsequiar con una medalla de oro, por su arrojo, á los gauchos que expusieron su vida

en holocausto á la de sus semejantes. Ambos rehusaron humildemente.

—No, respondieron, el aplauso de nuestra conciencia nos es suficiente.



Moraleja:

La verdadera abnegación es espontánea, es la sencilla manifestación generosa de un alma buena. Al abnegado no le intimida exponer su vida: Si es una obligación moral entre padres, hijos y hermanos hacerlo y aunque lo sea para con los semejantes, es una virtud encomiable y recomendabilísimo el que la posee.



IV

EL DESCONTENTO DE SARA

— ¡Qué triste es ser mujer! — exclamó, melancólicamente, Sara Pereyra, cerrando un libro de episodios nacionales, que estaba leyendo, dirigiéndose á su condiscípula y amiga Teresa Ruiz.

— ¿Por qué? — preguntóle ésta, extrañada. — Lo que es yo, estoy muy conforme de serlo; tenemos una misión tan hermosa...

— No le veo la hermosura.

— ¿No?... Es inverosímil que no la comprendás: nos toca á nosotras, las mujeres, nada menos que formar los ciudadanos.

— ¡Ah! sí... Sin embargo, es tristísima nuestra condición.

— Pero, ¿por qué, querida mía?

— ¿No te parece papel sumamente modesto y desairado el de quedarse una reclusa en la obscuridad, educando á los futuros ciudadanos, sacando más dolores de cabeza que beneficios, como les sucede á las madres en general?

— A mí se me antoja encantador ese retiro figurado, el aislamiento nos deja pensar lo que nuestros ciudadanos no pueden por sus ocupaciones.

— ¡Para el caso que nos hacen!

— Amiguita: ¿no has observado la influencia moral que ejerce la mujer, desde su hogar, en el mundo, por medio de los ciudadanos que educa?

— ¿Dónde la has visto?

— En mi casa, en la tuya, en la de nuestras amigas...

— Divágas... ¿Qué influencia tiene la vecina de enfrente sobre la humanidad, por ejemplo?

— Esa mujer es, ante todo, excelente madre. Te habrás fijado que no pierde de vista á sus hijos, que nunca se enferman porque los cuida en la comida, en el vestido, en los juegos...; estudia higiene y fisiología para saber atenderlos

bien! Al mayorcito, que va á la escuela, le dirige en las lecciones, le enseña el respeto al maestro, el amor á sus compañeros, á sus...

—¡Muy bien!... la lista de sus virtudes es larga... Al fin son deberes de madre...—interrumpió, burlona, Sara.



—Los pequeños, educados en la rectitud, serán hombres útiles á la sociedad.

—¡Bah!... ¿Y los hijos de una sirvienta, que ni siquiera sabe leer?

—¿Acaso la pobre no hará lo humano para que sean buenos?

—No está mal contestado... Más, nosotras, que no somos madres de familia, maestras que

desde la cátedra inculcamos rectitud, ¿qué influencia tenemos?—volvió á interrumpir Sara.

—Podemos emplear nuestra actividad de muchas maneras. Tú misma...

—¿Yo?

—¿No recuerdas que eres de la sociedad "Hermanitas de los Niños Pobres", que ayudas con tu peculio, con labores de tu mano, á niños cuyos padres carecen de dinero para costearles instrucción, vestidos, calzado?

—Es verdad. Y tú perteneces á la noble institución de la Cruz Roja.

—¿Ves? Somos útiles en la medida que nuestras fuerzas nos lo permiten. La patria ganará con el establecimiento de instituciones que contribuyan al bienestar de sus hijos, amparados por mujeres altruístas. No siempre se nos ofrece la ocasión de hacer sacrificios como lo hicieron las patricias mendocinas al desprenderse de sus joyas para que el producto se empleara en costear el ejército libertador, de parangonarnos á la heroína de Cochabamba. Confórmate, ó más bien alégrate de ser mujer, es dulce, honroso y envidiable lo que con suaves y firmes palabras nos es dado hacer.

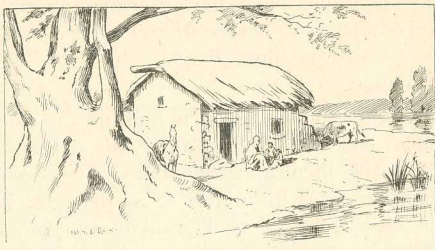


—Ya, ya me consuelo—dijo, satisfecha, Sara,—la inmovilidad me enervaba; ahora reconozco que mis deseos de servir á la patria no serán defraudados.

Moraleja :

La mujer puede, como el hombre, ser buena patriota, enseñándole á cumplir sus deberes cívicos. Debe inculcar á sus hijos, si es madre de familia; á sus discípulos, si es maestra; á la gente, en general, si es literata, el concepto del cariño á la patria é influyendo moralmente en los ciudadanos, con los sanos consejos que su criterio le sugiere, será verdaderamente un factor importantísimo para el desarrollo y progreso de una nación.

Crear y proteger instituciones, contribuir con estudios, ideas ó peculio particular para su adelanto y sostenimiento, fomentar la instrucción de las masas fundando escuelas y bibliotecas, son otras tantas obras que una mujer amante de su patria puede y debe hacer, en lugar de malgastar el dinero y el tiempo en frivolidades que alientan mezquinas vanidades y ridículas pretensiones de eclipsar á sus iguales, cosechando sinsabores y desengaños: el empleo meditado de aquéllos trae grandes satisfacciones morales.



V

IGNORANCIA

Doña Ciriaca, habitaba un ranchito á orillas del río Salado ó Juramentó, cerca de la ciudad de Esperanza, con dos pequeñuelos, hijos suyos, que la acompañaban en su viudez.

Constituían su alegría, la perpetua preocupación de su vida, aun en sueños pensaba en ellos.

Una noche de invierno, cruel, sobresaltóse sintiendo toser roncamente al menor, haciendo un ruido especial que la oprimía y desesperaba: había oído toser de ese modo á un niño que pocas horas después falleció.

Sin detenerla el frío, el aire helado que soplabá, corrió atravesando un largo espacio despoblado, magullándose, espinándose en las zarzas y arbustos, cayendo enredados los pies en gruesas raíces á flor de tierra, insensible al dolor, rasgándose los vestidos, en dirección á una casita de barro, morada de una mujer que hacía las veces de médico para las humildes gentes de los alrededores.

Golpeó fuertemente á la puerta, abrió la dueña, expresó doña Ciriaca, con voz cortada por los sollozos y la excitación de la carrera, lo que á su niño sucedía.

Rezongando la acompañó la curandera. Adelantóse ella afligida, creyendo que el tiempo se alargaba, que su hijito ya estaría en viaje al cielo á reunirse con los angelitos como él.

¡Cuál no sería su dicha al verle dormidito, quieto, calmada la tos!

La curandera, dándose cuenta de la inutilidad de su presencia, blasonando de sabia como la generalidad de los ignorantes, dijo, en jerga criolla, á doña Ciriaca:

—Doña Ciriaca, mire: no se piense que el chico está sano. Para precaver un segundo ataque le voy á aplicar un remedio infalible.

Permitiólo doña Ciriaca, por miedo de per-

der á su retoño. Y la curandera, sin hacérselo repetir, colocó sobre el pecho del angelito una substancia oscura, tapándola con un trapo, partiendo acto continuo para su rancho.

Tranquila, cabeceaba doña Ciriaca, por dormirse, cuando sintió los ayes doloridos de su hijito, que agitaba las manitas.



La untura puesta por la curandera despedía un horrible olor á materia putrefacta; de un tirón destapóle el pecho, sacándosela con un trapo, dejando á la vista el cuerpo llagado.

Echóse á llorar entontecida, maldiciendo su fe en la palabra de una mujer charlatana. En su ignorancia no atinó á lavar inmediatamente las heridas, tenía idea de que el baño daña á los enfermos.

La criatura falleció de la infección, con per-

pleja admiración de la curandera, que confesó haberle aplicado grasa rancia mezclada con una hierba cáustica.

La infeliz madre se decía, convulsionada por los remordimientos:

—Hubiera debido montar en un caballo de cualquier vecino y buscar en el pueblo un médico de verdad: ¡esos sí saben curar!

Jamás se perdonó su escasa inteligencia, que, pesara á su inmenso cariño por sus hijos, había provocado la muerte prematura de uno.

Moraleja:

El ignorante hace mal sin querer; tarde, muchas veces, se apercibe de su error. El que sin estudios, observación y experiencia cree saber, es un ser perjudicial á la sociedad en su parte ignorante, que faltándole instrucción confía en los charlatanes, que les deslumbran con frases pomposas que ni ellos entienden. Creer en la sabiduría de un hablador es confesarse nulo. Para evitar el aumento ó prosecución de las desgracias que acarrea un cerebro inculto, es deber del que algo sabe desparramar sus conocimientos sembrando una semilla que, si no resulta fecunda en algunos casos, no caerá sin producir su fruto en otros; es generoso enseñar al que no sabe,

empleando la delicadeza para no chocar el amor propio y el pudor del discípulo.

Una madre tiene que aprender cuánto á la crianza del niño atañe, porque éste es un ser sumamente tierno y exige cuidados especiales, así como toda persona debe conocer los principios elementales de la higiene para, practicándolos, evitar infecciones y conservar vidas.

Es también un deber, advertir, á los que cargan con la responsabilidad de un oficio que desconocen, el paso peligroso que dan, las consecuencias funestas ulteriores que pueden sobrevenir: Decir la verdad, en refiriéndose al bien de la humanidad, no es entrometerse en asuntos y vidas privadas, que de otra manera estarían vedados, es una obligación sagrada, como lo es denunciar al que ejerce una profesión que pide estudios profundos y largos.

VI

EL HOMBRE DE LA CASITA



En un pueblecillo de la provincia de Buenos Aires, se señalaba al forastero, como curiosidad, una casita desmantelada, en la que vivía un hombre á quien comparaban con un buho, por su costumbre de salir al atardecer, poniendo cara de pocos amigos, vestido de harapos y mugriento.

Jamás cruzaba palabra con nadie, si no era para hacer sus compras, muy mezquinas.

Los niños le huían, aconsejados por sus mamás, que les habían enseñado á temerle.

Se decía que ese hombre, en época ya lejana, había dejado perecer en la miseria á su anciana madre, que murió sin asistencia, sin cuidados, por la avaricia que le roía las entrañas.

He ahí porque se le mostraba con desprecio, no exento de lástima. El aislamiento premeditado en que uno tras otro de sus amigos le sumieran, argüía bastante prueba del desdén que motivaba el punible hecho cometido, que ni los centavos ahorrados, con la inasistencia de su madre, le compensaba.



Si; tenía dinero, pero no poseía el don inapreciable, la simpatía de la gente buena.

Lo comprendía; por eso llevaba un peso en sus espaldas, la cabeza baja, las miradas de día en día más hurañas, lo comprendía...

Una mañana de invierno, amaneció helado, reposando la cabeza sobre la tumba de su madre, en la que, dedújose, había implorado perdón por su avaricia.

Moraleja :

El arrepentimiento tardío es imperdonable, el mal hecho no tiene remedio. Los remordimientos de las acciones reprobables deben acudir á raíz de haberlas imaginado. Antes de obrar hay que pensar, con más razón cuando va en ello la vida de alguien, peor aun si ese alguien es nuestra madre.

La avaricia impulsa al crimen en su mezquindad de acaparar dinero á toda costa. El avaro es detestado y se encuentra abandonado é infeliz. Es un hombre que no tiene sentimientos



regeneradores que le hagan compadecer las desgracias que por su ingerencia provoca; no le detiene el llanto de la viuda, cuyos haberes escasos quita con sus especulaciones traidoras y fuera de ley; los padecimientos de huérfanos en la indigencia; los apuros de un inocente desprevenido; las angustias de un pobre padre de familia que, por enfermedad ú otra calamidad,

se ve en el trance de empeñar su casa, su campito, su sueldo.

Oirá las maldiciones sonriendo malignamente, meditando vengarse con un segundo saqueo.

¡Evitadlos! son doblemente temibles que un ladrón. ¡Desconfiad de los que, risueños, os ofrecen dinero á un interés que equivale al préstamo!

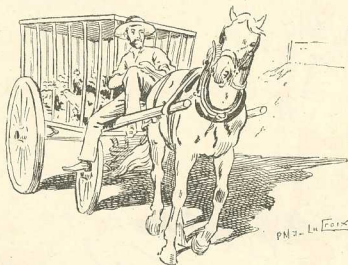


J. M. L. L. 1911

VII EL SECRETO DE LA TÍA LOLITA

Todos se reían de la tía Lolita, una excelente señora piadosa que se ocupaba durante el día en sus quehaceres domésticos, en el cuidado de un espléndido gallinero y de sus árboles frutales que le rendían bastante dinero que ahorra y guardaba, envuelto en la punta de un pañuelo, en el rincón más oculto de un armario de pino lustrado. Qué jarana cuando la veían

tratar la venta de sus pollitos, de los huevos, de los duraznos y naranjas, con alguno de esos gallineros que compran de chacra en chacra los productos caseros que llevan en un carro destartado ó con algún verdulero napolitano que regateaba con ella.



La buena señora sabía que la burlaban, se lo callaba, un poco triste porque tenía que mantenerse á su costa y además enviaba, cada mes, unos pesos á su hermana viuda, que residía en distinto pueblo, con sus hijitos pequeñuelos aun para trabajar.

La tía Lola cayó enferma, y una vecina más compasiva y complaciente que las burlonas que la acribillaban de motes y risas, se comidió á atenderla, á limpiarle la casita y dar de comer á las gallinas.

Como la enfermedad duraba hacía un mes y se acercaba el tiempo de mandar socorro á su hermana, llamó junto á sí á su asistente, y ruborizada, con voz entrecortada, pidiendo mil disculpas, le rogó que acomodase unos pesos en un sobre, certificara la carta y que se la dirigiese á aquélla.

No dijo que era una limosna lo que enviaba sino un dinero que le había prestado. ¡Para que iba á descubrir la historia penosa de un hogar sin pan!

La vecina escribió, de su cuenta, unas líneas, manifestando que la señora estaba bastante enferma. A la noche contó á sus contertulios que la tía Lolita malgastaba el dinero, comentando la deuda contraída con la hermana, acabando por sospecharla de conducta incorrecta.

Instigado por la carta, arribó el sobrino mayor, niño de diez años, para acompañar á su protectora.



En los días que estuvo enteróse de la fama que le habían hecho, por indiscreciones de unos muchachos callejeros que querían provocarle.

Indignado por tanto sarcasmo, refutó horrorizado, lloroso, conmovido, la injuria de los

malvados que se entrometían en la vida privada de una mujer tan santa que sacrificaba su propio bienestar por los seres que amaba. En dos ó tres frases condensó la historia verídica.

Admiráronse los oyentes, retiráronse abochornados de su perversidad y desparramaron lo argumentado por el niño.

Un cambio radical se operó. La tía Lolita fué mirada con admiración. Las vecinas, ansiando recompensarla en sus desvelos y reparar sus yerros, le compraron los productos de su gallinero y de su huerta para ayudarle en su caridad, ahorrándole lágrimas porque no siempre hallaba comprador.

La buena señora ya no sintió tristeza, aunque, en su bondad y delicado pudor de mujer generosa, se creía humillada y ofendida porque se hacía pública su noble acción que hubiera deseado guardar.

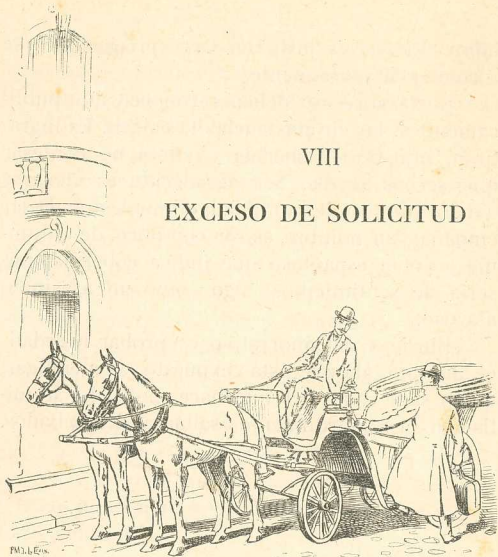
Moraleja :

Nunca se debe juzgar á las personas sin conocerlas positivamente: hacerlo es carecer de educación, de bondad, es mentirse á sí mismo y á sus semejantes, es falta de prudencia, de moderación, de cordura, tan precisas á nuestros actos, es exponerse á que duden de nuestra pa-

labra. El que es justo en sus apreciaciones se recomienda moralmente.

Los favores se deben reconocer, aún públicamente si las circunstancias lo exigen. Es ingratitud, injusticia, soberbia y vileza no confesar que se los recibe. Ser agradecido es elevarse dando muestra de humildad, de modestia. Dejar empañar un nombre es ser cómplice de calumnia, crimen espantoso que indica cobardía, miseria de sentimientos, algo como un asesinato alevoso.

Burlarse del ahorrativo es probar necesidad: el que no ahorra está expuesto á mendigar, quien sabe si no del que hace mofa. La humillación, el remordimiento asaltan al derrochador.



VIII

EXCESO DE SOLICITUD

Dos días faltaban para que el joven García tuviera que presentarse en la comandancia militar como conscripto; postrado en cama por una pulmonía, su idea de cumplir con la patria, acudiendo á las filas del ejército, se desvanecía.

—No importa mi enfermedad; —dijo decidido á ir—escondiéndome de mi familia, pa-

sado mañana me levanto, me visto y salgo. Me abrigaré con mi sobretodo forrado de astracán.

¡Qué sorpresa y aflicción la de su madre y hermanos, al notar el lecho vacío!

Despavoridos, llamáronle, recorrieron la casa, suponiendo que en un raptó de delirio había huido quién sabe dónde. En vano preguntaron á los sirvientes y vecinos, que únicamente supieron decir haber percibido el ruido de un coche.

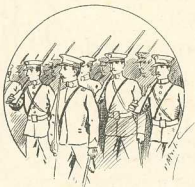
¡Y qué alboroto al verle reaparecer sostenido por dos compañeros, que también debían alistarse, informando, á la desolada familia, que el joven habíase presentado en la comandancia, y que débil como estaba, cayó desmayado al concluir de exponer la voluntad que lo guiaba! Le traían por orden del comandante, que, asesorado por los médicos militares, concedió el plazo necesario para el restablecimiento del que quería cumplir estrictamente, diciendo que una enfermedad no es culpa del individuo, ni nadie puede obligar al sacrificio de una vida, en honor de la patria y en ese sentido; que la patria desea sanos y fuertes á sus



hijos, para que la protección que le prodigan sea eficaz.

Moraleja :

Cumplir con el deber de acudir á las filas del ejército para aprender á defender y hacer respetar la patria, es una de las principales obligaciones de los ciudadanos; mas, no es preciso atentar contra la salud y tal vez contra la vida, sumiendo en el desconsuelo á su familia, cuando se está imposibilitado físicamente, aunque sea por



el momento, porque la patria ama á su hijo y le disculpa generosa, ella le quiere robusto. Si un defecto — cojera, parálisis, ceguera, — ó siendo hijo de madre viuda que sustenta, le impide servir, no hay que desesperar, pues pueden emplearse las actividades en guardarla contra los enemigos morales, los detractores, extranjeros ó nativos, por conveniencia á sus intereses particulares; los traidores, que publican falsas catástrofes financieras, alarmas de guerra ó revolución,

pérdidas en las cosechas, que pretenden con ello, ganar en la Bolsa, comprando títulos buenos á bajo precio para venderlos á uno subido, desvanecida la impresión pesimista. Un inválido desde un sillón ó apoyado en una muleta puede hacer mucho, sin contar que no está impedido para algunos trabajos.

IX

EL HIPÓCRITA INTERESADO



Los ojos claros, relampagueantes, maliciosos; el andar inquieto y una sonrisa fácil, engañadora por lo indecisa, adornaban la persona de don Pedro.

— Si algunos le creían un buen hombre, servicial, que anteponía la comodidad ajena á la suya, sugestionados por su obsequiosidad, otros le juzgaban un charlatán indomable que hacía fingidos favores y prodigaba atenciones baratas, adulando á los vanos que se contentan é hinchan

con palabras de alabanza á sus méritos, dichas con miras interesadas,

Don Pedro, al que quería de instrumento le reservaba un repertorio grandilocuente, camandulero, y cuando no le necesitaba, conseguida su intención, ó le daba las espaldas ó se hacía el desentendido.

Un accidente vino á cambiar su manera de ser, trocándole en leal, para su suerte.

Cierto señor, á quien habíale pedido ayuda con su consabida tanda de agasajos, venido á menos por la pérdida de gran parte de su prestigio ante los hombres de un partido político, por calumnias, fué su impensado corrector.

Enterado don Pedro de que la influencia de su protector de ahí en adelante sería nula, le hizo lo que á sus antecesores: le volvió la cara.

Resentido, con razón, el caballero, herido en su dignidad y en el corazón por un hombre que le adeudaba tanto, é instigado por un amigo, testigo del desaire, resolvió darle una lección en cuanto las circunstancias lo depararan.

No hubo que esperar mucho.

Levantáronse los cargos imputados al caballero, que, colmado de honores, reivindicado y más influyente aun, ocupó su antiguo puesto. Don Pedro, fué de los primeros en rendirle homenaje,

deshaciéndose en cortesías y sonrisas, recibiendo por contestación idéntica vuelta de cara á la efectuada por él. Abochornado, sin confesarlo, se retiró.

El caballero, palpando los efectos, dijo á su amigo, el que le insinuó el desquite:

—Lamento lo que pasa, no me gusta hacer desaires á nadie, menos en público y á tenor de venganza; pero, pienso, que un adulón merece, sin lástima, un correctivo que le escarmiente.

—No hubiera sido generosidad ni indulgencia por las debilidades humanas tu perdón y olvido, hubiese sido herirte en tu amor propio si afectaras creer á don Pedro.

Mientras, convino éste que si el sol desaparece, regresa, y que él debió figurarse que pagando con desdenes los favores que recibiera, era justo que á sus agasajos respondiera el desprecio.

Moraleja:

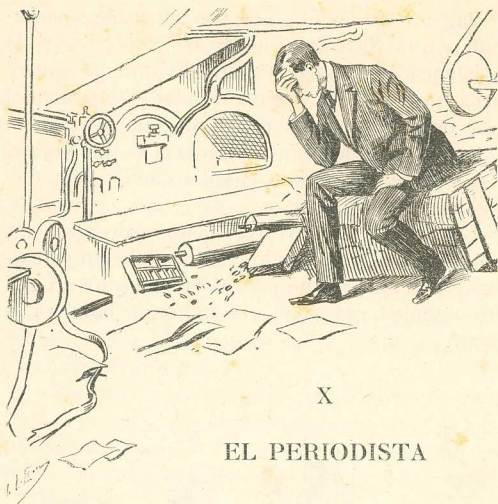
No pidáis favores si pensáis desagradecerlos. No alabéis ni seáis amigo con fines interesados. El hombre que se humilla á buscar relación con uno á quien desairó es indigno de estimación y respeto.

No creáis los elogios que os dicen en vuestra presencia. No os jactéis de merecer alabanzas. Pesad las palabras de loor que os dirigen y juzgad

á las personas según os las prodiguen. Si os adornan con méritos que vuestra conciencia no ve la existencia, desconfiad, es un individuo que quiere sacar provecho de vuestra vanidad. Confiad en el que os dice vuestros defectos, francamente, no demasiado, para que en la grosería de una verdad desnuda se trasluzca la envidia que os tiene ó el placer de humillarlos.

Perdonad los errores ajenos, corregios los vuestros y pensad que los yerros obtienen su castigo. Sin embargo, no permitáis atropellos á vuestra dignidad, que va en ello la honra: haceos respetar.





X

EL PERIODISTA

Se decía que el artículo del diario, atacando al déspota de la población, — un jefe político que se tomaba atribuciones de autócrata abusando impunemente de su autoridad porque le amparaba el propio gobernador de la provincia, — molestaría mucho á su autor, que, con franqueza, le trataba de ambicioso, insaciable y cruel enemigo, reprochándole su aprovechamiento de la igno-

rancia de los campesinos del departamento al cobrarles multas injustas, el doble en los certificados que expedía, guardándose para sí, que atentaba contra la propiedad de sus contrarios en política, allanando sus domicilios bajo pretexto de ser depositarios de armas para hacer revolución, por el gusto de asustar ó causar simplemente un mal rato, y si por casualidad daba con un fusil oxidado é inservible apresaba á su dueño, privándole de su libertad personal, inviolable en un país civilizado. También insinuaba el artículo que el día menos pensado prohibiría trabajar si no le obsequiaban con una parte de las ganancias, yendo, cual iba, por una pendiente desoladora.

El periodista recibió anónimos amenazándole con zurras. Como continuara atacando y ofreciendo pruebas de las aserciones que publicaba, descubriendo las amenazas de que era objeto, menudearon entonces éstas, pretendiendo imponerle silencio si estimaba la vida. Implacable, siguió, convencido de que emprendiendo una campaña moralizadora contra el funcionario que burlaba la Constitución y la paciencia de los ciudadanos, desacreditando el Estado, cumplía con su deber.

Un día, al ir, según costumbre, á la imprenta, halló abiertas las puertas, en el zaguán y patio un

desorden delator de un asalto nocturno: los tipos estaban mezclados completamente. No le sorprendió: era una venganza del jefe político.

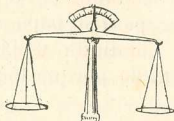
Recurrió á los jueces, que pusieron oídos de mercader, sugestionados por el demandado, que invocó el nombre del gobernador y veladamente les indicó que les destituiría si procedían.

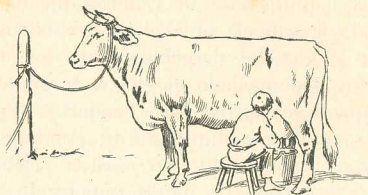
Semiarruinado, el periodista quejóse al Círculo de la Prensa, que, defendiendo los fueros periodísticos, la libertad de pensamiento y de la publicidad, invocando la verdad moral y patriótica que desprendían los artículos en cuestión, consiguió que los jueces, influidos por el gobernador, reabrieran la causa, condenando, al jefe político, probados los cargos que pesaban sobre él, y á pagar los daños y perjuicios á su víctima, decretándose en seguida su cesantía, á pesar de sus protestas y de las de sus instigadores.

Moraleja:

La misión del periodista es decir la verdad, imparcialmente, de los sucesos, aislados ó en conjunto, de índole pública, es decir, cuando el decoro de la patria está comprometido, cuando se defiende á la sociedad de sus enemigos los que insultan las leyes no cumpliéndolas, sin distinguir partido político, amistades ó recomen-

daciones, sin egoísmos personales, porque introduciendo cuestiones é intereses privados, su mente se ofuscaría y no podría juzgar los más sencillos asuntos con el criterio que debe: al periodista le cabe la obligación de ser un juez leal, oír la voz del derecho, nunca los dices malévolos ó demasiado elogiosos de gente interesada que desea aprovechar el poder de la prensa para desacreditar y humillar á un enemigo, para prodigarse virtudes que no existen. Debe medirse, en previsión de daños impensados como una indiscreción sobre secretos militares, de procesos, de asuntos íntimos que no son del dominio público ó de propagar calumnias.





XI

UN DISGUSTO PASAJERO

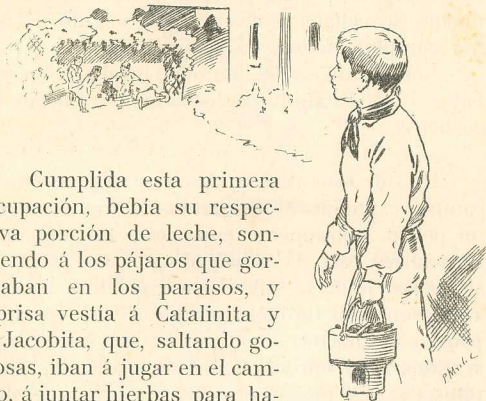
¡Qué feliz era Juanito!

Cuando el sol apuntaba en el naciente, ya estaba de pie, ordeñando, en el corral, la vaca que daba la leche para su papá, su mamá y sus dos hermanitas, Catalinita y Jacobita, que se levantaban más tarde porque todavía no sabían hacer nada.

Interin su papá se disponía á uncir los bueyes al arado, él le cebaba unos cuantos mates amargos.

Al partir su padre para el trabajo, echaba

la leche en tazones enlozados, cortaba grandes rebanadas de pan y los llevaba á su mamá, que siempre estaba muy enferma y á sus hermanitas que, á las picaruelas, les gustaba recibir de manos del bondadoso de Juanito, tan complaciente, tan solícito.



Cumplida esta primera ocupación, bebía su respectiva porción de leche, sonriendo á los pájaros que gorjeaban en los paraísos, y aprisa vestía á Catalinita y á Jacobita, que, saltando gozosas, iban á jugar en el campo, á juntar hierbas para hacer de verduleritas, observadas tiernamente por Juanito mientras prendía fuego en un brasero donde calentaba el agua con que haría el café que llevaría, en un tarro, á su padre.

A medio día se reunía la familia en torno

de una mesa rústica á la que conducían, casi en brazos, á la mamá enferma.

—Y cuando de noche, terminada la cena, hecha como el almuerzo y desayuno, por Juanito, cerciorado de que su mamita, acostada, tenía á su alcance luz y un vaso de leche, rogaba por sus padres y hermanitas, dando las buenas noches se echaba á descansar, contento de haber cumplido todos sus deberes.

Los domingos, él también jugaba á los caballos, con Catalinita y Jacobita que hacían de cocheros.

.....

Uno de esos días en que correteaban por el campo, cantando y charlando, vieron venir en un petizo, lujosamente enjaezado, un niño, que al notarles paró la cabalgadura y les preguntó si querían que se divertiera con ellos, lo que aceptaron algo tímidos, porque el nuevo compañero llevaba un rico traje de casimir, y sus vestidos eran burdos, llenos de remiendos, limpios, eso sí, á más, el otro, usaba botines de charol, y sus pies calzaban viejas alpargatas y carecían de medias.

Jugaron un rato y se sentaron á conversar muy amigos. El niño recién llegado contóles que su papá poseía un palacio, muchos criados

y que la chacra que ocupaba Juanito con su familia era del suyo, que él tenía un armario lleno de juguetes.



Juanito, sin deslumbrarse por tanto lujo, que no comprendía porque no lo extrañaba, habló de sus quehaceres y de su único juguete, un carrito, fabricado con un cajón de latas de petróleo, por su padre, y que dentro paseaba á sus hermanitas, dueñas de una muñeca de trapo, construída por su mamá.

Hizo, este pobre niño tan rico como mal educado, un gesto desdeñoso, subió al petizo, que pastaba cómodamente, y partió á galope, sacando antes la lengua á Juanito que casi lloraba, sin penetrar el motivo de esa falta de aprecio.

Triste, fué con sus hermanitas hacia su padre, que fumaba su pipa junto á su esposa.

—¿Qué tienes Juanito?— interrógole, viéndole apenado y pensativo.

Narraron las niñas, con palabras ininteligibles, el insulto del niño rico.

—Hijo mío, —dijo,— no te aflijas por nuestra pobreza, que vale más que una riqueza mal adquirida; no te aflijas porque somos unos campesinos ignorantes, pues que tenemos felicidad en nuestra miseria, no te apenes, porque el trabajo honrado, por humilde que sea, es noble, respetable y grato á Dios. Amémonos y ese será el complemento de nuestra dicha.

El chico, que palpó la verdad del aserto, abrazó á su padre, pidiéndole perdón por haber deseado, un momento, las riquezas y la vida del niño que les ofendiera.

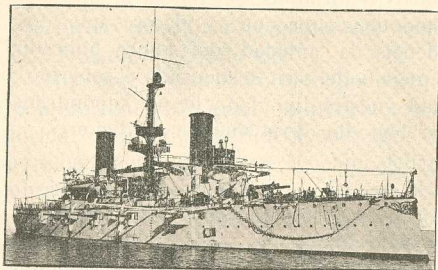
—Para ser feliz— terminó su padre, besándole en la frente, basta tener la conciencia tranquila por el cumplimiento del deber. El trabajo lo es.

Moraleja :

El trabajo es ley de la vida. Las manos ó la mente ociosas abren espacio á las malas acciones, á las malas obras, á los sentimientos é ideas malas.

Despreciar al trabajador humilde, es renegar de uno mismo, porque aquél contribuye con sus obras á nuestro bienestar; no existiendo, nosotros tendríamos que hacer lo que él hace, robándonos ocupaciones y placeres queridos. No desdeñéis la amistad del pobre honrado, ni busquéis la del rico deshonado ó soberbio, perderíais vuestra dignidad y lo que supondríais recoger con ello, sería vuestra perdición.





Acorazado San Martín.

XII

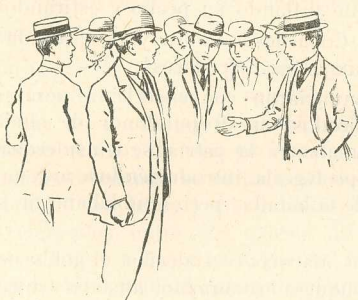
VERDADERO PATRIOTISMO

Varios jóvenes conversaban respecto á una posible contienda armada que se cernía como sombra fatídica sobre la población argentina.

En general, opinaban que la efusión de sangre se debía evitar por humanidad y por patriotismo, porque, decían, las causas razonables no dependen de la fuerza brutal de las armas, la

verdadera justicia del derecho está de la parte que reclama lo equitativo.

—¡Sois unos cobardes!—exclamó un jovenzuelo imberbe, que se distinguía por el apasionamiento con que encaraba el asunto. He ahí porqué rehuís la guerra. Estoy deseando que la haya para enseñar á ese atrevido (por el país enemigo), que aquí somos grandes y podemos lo que queremos!



Y se extendió en consideraciones, sacando á relucir los ínclitos hombres de la Independencia, que no vacilaron ante la revolución para emanciparnos.

En vano le repusieron que una definición pacífica, cual un arbitraje, sería lo ventajoso; en

balde expusieronle que si los patriotas de nuestra gloriosa epopeya recurrieron á la solución en forma violenta, fué porque en aquella época y en ese trance especial, no cupo otra, pues como beligerantes, como súbditos de una potencia, no serían atendidos por las naciones constituidas, tenían que hacer reconocer sus derechos de libertad, luchando.

A cada madura reflexión replicaba sarcásticamente inflando su pecho y estirándose:

—¡Cobardes! ¡Pobre y desgraciada Patria, con semejantes defensores!

Renunciaron convencerle, á pesar de sentirse picados en su pundonor de ciudadanos: ellos amaban á la patria, se consideraban capaces de protegerla, introduciéndose aún en lo más rudo de la batalla; pero temblaban por su bienestar.

Las alarmas recrudecían, el gobierno encargaba buques, armamento, alistaba tropas, instigando á los jóvenes á una reunión para resolver su presentación voluntaria en el ejército, si estallaba la ruptura de hostilidades, todos eran menores de veinte años.

Su sorpresa no alcanzó límite al contarse: faltaba el que les tachara de pusilánimes. Supo-

niendo una ausencia fuera de su voluntad, enviaron á uno para averiguar el motivo.

Respondieron que esa mañana se había embarcado para Río de Janeiro.

Transmitió la contestación á sus compañeros, incrédulos al principio, y después se miraron risueñamente burlones.

—¡Hacía alarde de patriotismo! ¡es un patriotero!—profirieron en coro de desprecio.

Moraleja :

Con vanas y pomposas palabras, que á nada práctico conducen, no se es patriota.

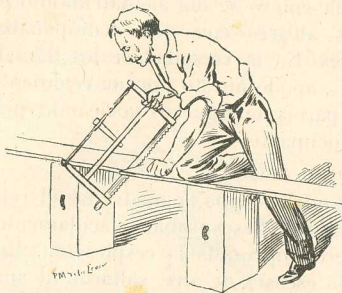
El que ama á la patria nunca quiere precipitarla en el caos de una guerra.

Solamente cuando se reciben ofensas directas, fuera de las leyes y convenios internacionales celebrados entre los países civilizados, puede recurrir á las armas, porque no caben entonces reclamaciones é indemnizaciones donde hay, por ejemplo, una violación premeditada de la soberanía.

En divergencias por cuestiones de límites ó derechos de posesión de tal ó cuál privilegio, sea de pesca, de libre navegación de un río común, de un pedazo de suelo sin dueño conocido, es más cuerdo someterse al arbitraje de

una nación independiente ó un congreso de la paz, que dará lo que legítimamente le pertenece y acatar el fallo: se evitará derramar sangre humana y la ruina que produciría ésta. La vida de los ciudadanos es demasiado preciosa para exponerla por pura vanidad.





XIII

PERSEVERANCIA

Un obrero carpintero pudo ahorrar, al cabo de tres años de vicisitudes y privaciones, una regular cantidad de dinero que le permitió comprar un pequeño taller, que fué prosperando debido á su contracción en el trabajo, al esmero y placer con que ejecutaba las obras que le encargaban.

Vislumbrando un porvenir risueño, realizó su sueño de contraer enlace con una modesta joven costurera.

El día entero se oía al matrimonio tararear canciones alegres con que acompañaban sus quehaceres. En la vecindad se les llamaba "los jilgueros", apodo puesto porque realmente parecían una pareja de jilgueros gorjeando, pizpiretos y despreocupados.

Pasaron años.

Una noche, daba la media en el reloj de la Municipalidad, descansaban plácidamente, cuando sintieron oprimida la respiración. En el ansia por la escasez de aire, saltaron de sus lechos y corrieron á abrir la puerta, siendo repelidos por una bocanada de caliente y espeso humo, que les sofocó. Reaccionando, vieron que la habitación era invadida por las llamas. En un rasgo de arrojo salieron huyendo, chamuscándose los cabellos y las ropas.

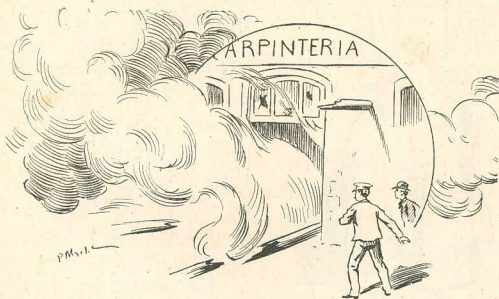
Con dolor y desesperación avaluaron su desgracia: rápidamente ardía la carpintería y á aquella hora intempestiva, en un pueblo trabajador, nadie acudía en su socorro.

Al caer el techo, sintieron como si se les partiera el corazón. Su trabajo, su ahorro, su

dicha, se hundían con la armazón. El desfallecimiento les acometió.

El carpintero, enajenado, quiso atentar contra su vida. Su esposa, más animosa en su pena, deteniéndole de un brazo, exclamó:

—Trabajaremos, esposo mío, hasta reconquistar lo perdido.



—Ya no soy joven para hacerme ilusiones y aguardar con calma y alegría, la realización de hermosos proyectos.

—No eres viejo, tienes fuerzas, y aunque no las tuvieras, sería un triste acto de cobardía desmayar. No; ¡ánimo! Te ayudaré con mis costuras y verás como en poco tiempo poseemos,

no sólo lo que teníamos sino aumentaremos nuestro caudal. Á más, tienes crédito por tu reconocida honradez; —replicó con suave energía.

El efecto de un bálsamo le hizo este consejo.



Enjugó las lágrimas, la sonrisa escéptica desapareció de sus labios contraídos, y murmuró suspirando:

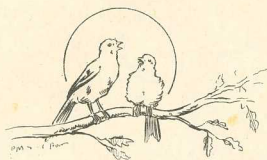
— Gracias, mujercita, por tus consoladoras palabras. Tienes razón. Sería un cobarde, un imbecil si me desanimara. Dios quiere poner á prueba mi perseverancia en el trabajo y quedará satisfecho de mi fortaleza.

Un año más tarde, “los jilgueros” cantaban tan contentos cual antes del siniestro que les redujo á la miseria, acompañados por el ruido chillón de una sierra movida á vapor que les hacía gritar para entenderse.

— Ves, solía decirle su esposa, que jamás se debe desesperar.

— Ya lo veo, ya lo veo, le contestaba, riendo

gozoso y paseando sus miradas por el taller, donde un aprendiz, calentando cola, les observaba de reojo forjando proyectos de ascender por medio de la perseverancia que reconocía en sus amos.



Moraleja:

La esperanza no nos debe abandonar ni en las calamidades, al fin naturales en la vida. Si un golpe del destino nos sume en el dolor, la reacción de nuestro ánimo decaído se impone. Con la fe en nuestras fuerzas mitigaremos el efecto funesto, recobrando las energías para continuar sin mirar lo sucedido más que por medida de precaución contra un nuevo papirotazo de la suerte ó la imprevisión.

El suicidio es un acto punible, demuestra cobardía en la escala despreciable, porque el suicida es un incapaz de luchar y por de contado un combatiente que no sabe arrostrar y menos vencer en las batallas de la vida.

La firmeza y el valor son dos cualidades tan precisas al hombre, como la rectitud de proceder. El cobarde es un inútil en el mundo, el valiente es considerado y respetado, un maestro en la enseñanza de la virtud viril.



XIV

LA NIÑA BONDADOSA

La única hija del dueño de la estancia, que lindaba con el pueblo, una niña de diez años, rubia, esbelta y graciosa, era el ídolo de los lugareños, de los puesteros y sus familias, de los sirvientes y peones.

Se llamaba Laura.

Siempre salía acompañada de uno ó dos canes que la custodiaban y á los que adoraba, así como á cualquier animal que cayera bajo su amparo ó simplemente sus miradas.

Si discutía ó se enojaba, era por el trato que en un descuido habían dado á la mula del malacate, dejándola atada



Pájaro Com



todo el día sin comer ni beber, lo que la entristecía y hacía llorar pensando en el pobre bruto privado de alimento y cargado de trabajo. Una

vez se indispuso porque la cocinera hacía sufrir á una paloma retorciéndole el pescuezo, hubo que soltarla á petición suya y no estuvo tranquila hasta verla sana y salva, varias horas después, ufana en medio de sus compañeras del palomar.

—Ya que tenemos que comer carne, al menos no hagamos sufrir á los animales, y ya que precisamos servirnos de sus fuerzas seamos considerados no cargándoles de trabajo y dándoles buen alimento, —decía.

Su tierno corazón brindaba cariño tanto á los seres irracionales como á las personas; soco-

rría á los inválidos, á los ancianos decrepitos, á las viudas cargadas de hijos, consolando á los afligidos, á los enfermos. Feliz, alababa la suerte de poseer fortuna sus padres para poder expandirse ayudando al necesitado.

Quería también á las plantas, porque dan sombra, flores y frutas, y á las hierbas silvestres porque alegran la campiña; amaba al cielo y se extasiaba al pensar en su altura inmensa y en la grandeza de esa obra sobrenatural, insinuándole una reverencia profunda por la naturaleza y agradecimiento infinito á tanto hermoso regalo que disfruta el que sabe apreciar sus dones.

Al acostarse, reclinada la rubia cabecita en la almohada de encajes, recorría sus acciones del día, y satisfecha de ellas, se dormía sonriendo dulcemente.

Moraleja :

Si el amor al prójimo acusa sentimientos generosos, el cariño á los animales, siendo como son, seres indefensos, en poder del hombre, es una virtud, propiedad de un corazón tierno y de una cabeza inteligente que comprende sus necesidades y sus sufrimientos, pues que se enferman, están tristes ó retozones, comen, beben, se aman y quieren al que les trata humanamente.

Poseer el cariño de un animal, que en él muestra agradecimiento, es más grato á nuestra conciencia que las frases de gratitud de muchas personas, porque es espontáneamente sincero.

Saber apreciar las galas y utilidades de las obras maestras de la Naturaleza, creadas para nuestro regocijo y provecho, es facultad de almas sutiles, que penetrando su magnificencia, palpan la pequeñez del hombre en su comparación y por lo mismo son modestas, indulgentemente caritativas con las debilidades ó defectillos del prójimo, que creyendo ser una potencia invencible está en camino de desengaños porque no se puede dominar á la Naturaleza, sino aplicarla guiándose por sus leyes.





XV

EL ANCIANO MILITAR

Encerrado y á obscuras, sollozaba desconsoladamente el anciano padre de Miguel Flores.

Él, que era un hombre fuerte, en aquella terrible desgracia hallaba agotadas sus energías, no podía sobreponerse al cruel desengaño, á la inmensa desdicha del trance en que le colocaba la acción de su hijo, la posición que ocupaba, y su conciencia que le mandaba cumplir con su deber,

pesara á su dolor, á su cariño de padre, á la prueba de rectitud y valor que éstas le exigían.

Levantó la cabeza, mostrando su cara envejecida veinte años, hundidos los ojos, un gesto de acerba amargura resignada en los labios y una contracción de la mandíbula inferior que le endurecía las facciones simbolizando su indomable resolución de proceder, aún tratándose de la sangre de su sangre:



¡Era general y presidente del consejo de guerra; y su hijo, teniente primero, había cometido traición á la patria, descubriendo á los diarios el secreto del mecanismo de unos cañones adquiridos recientemente por el Estado!

El nombre del traidor habíase publicado luego de las investigaciones, que dieron por término con su prisión.

Como padre, el anciano podía inhibirse, como patriota y militar no.

Llegado el día de la vista de la causa, se pre-

sentó y habló cual de un extraño y culpable de uno de los delitos más despreciables de lesa patria.

Condenó á su hijo, ante la admiración de sus compañeros de tribunal y de la nación entera, con los vocales que quisieron obrar con cierta indulgencia rechazándola por la firmeza estoica, impasibilidad y corrección del anciano que sentenciaba fríamente.

Un levisimo temblor en la voz al pronunciar el fallo, indicó la espantosa lucha moral que agitaba interiormente al venerable juez, que rehuía las miradas suplicantes y arrepentidas, implorando misericordia y perdón del autor de sus días, que, ocupando un lugar en esa mesa, le evidenciaba haberse despojado de clemencia por la mancha arrojada á su nombre sin tacha hasta entonces, y por el desamor á la patria, cuyo honor le enseñara á respetar y hacer respetar.

Retiróse de la sala más impasible, si cabía, que al dictar la sentencia. Al abandonar la casa en que habíase desgarrado su corazón de padre en holocausto á su deber de patriota y militar, se sintió oprimido, y al pisar los umbrales de su hogar otrora risueño, en el que viviera engañado de la traición de su hijo, recordando de golpe su felicidad perdida, un ronco sonido articuló su

garganta, rompiéndose el duro lazo que le uniera á la vida.

Su fortaleza de ánimo duró justamente para poder cumplir con su deber, pesara á quien pesara, como se propusiera.

La conmiseración que levantó el desgraciado y valeroso anciano, fué avivada por la que provocó su hijo, que al ser notificado de la desaparición de su padre, sucumbiendo por ocultar su cariño acrecentado con la lástima que le inspiraba la irremediable culpa, roído por los remordimientos, perdió la razón.

Moraleja:

El sacrificio de los sentimientos que profesa un padre á su hijo, en favor de sus deberes como hombre, ciudadano, militar ó patriota, y en aras de la patria, es uno de los más grandiosos homenajes de abnegación que se le puede rendir, por lo que escasas personas, teniendo la desgracia de encontrarse en esas circunstancias se animan á consumarlo: el héroe-mártir, merece un sitio entre los ciudadanos ilustres y la veneración de sus compatriotas.

Traicionar á la patria, acarreándose su desprecio condenatorio, compasivo *y doloroso*, representado por sus tribunales y el pueblo, merece

más la conmiseración de sus conciudadanos que el encarnio, porque venderla sólo puede el que carece de luces morales é intelectuales: un demente que debe recluirse por irresponsable de sus actos.



XVI

LA PESADILLA

En un raptó de rabia, discutiendo acalorado la posesión de un lápiz que ambos, á un tiempo, divisaron en la acera, Tomás sacudió, á su discípulo Toto, una bofetada que le ensangrentó las narices, huyendo azorado por el resultado de su impulso, llevándose el objeto de la discordia y dejando á su compañero llorando á lágrima viva.

Apaciguado su enojo, una impresión de vergüenza por haber empleado un medio violento contra un amiguito cariñoso como Toto y de menos edad, le acometió. Puso el lápiz en el fondo de su cartera de colegial. Parecíale que le



quemaba las manos al tocarlo, ni á mirarlo se atrevía.

En el lecho, en la soledad y las tinieblas, su conciencia intranquila hizo oír la voz de su reconvención, murmurándole quedo, inquietándole cual si un fantasma invisible le hablara:



—Tomás: has sido malo con Toto. Entrega á tus papás ó á tu maestro ese lápiz que no es tuyo. Acaso es de un niño pobre que tendrá que gastar los centavos que su mamá ahorra para comprar pan, en otro lápiz.

Despabilado no acertaba á dormir, pensando en ese codiciado lápiz. Fuertemente latíale el corazón, de miedo al fantasma que le reprochaba su acción, acentuándose su susto al extremo de hacerle exclamar:

—¡Perdón!

Calmado al no percibir ya la voz de su invisible mentor, se durmió.

Al despertar, su primer pensamiento fué para el lápiz, y su restitución, y para afirmar su deseo

de reconciliarse con Toto y convencerle de ir á entregar juntos el objeto al maestro, que les señalaría, ante la clase, como cumplidores de su deber, reconquistarían el aprecio de sí mismos.

Moraleja:

Nos pertenece lo adquirido con el dinero que nos regalan, que nos legan ó ganamos con nuestro trabajo y rentas. Lo hallado tiene su dueño, á quien debemos entregárselo, y si no damos con él, depositarlo á su disposición en poder de nuestros padres, de los maestros ó de la autoridad.

La apropiación indebida equivale á un robo que puede tener consecuencias funestas, si es, por ejemplo, el dinero del amo, extraviado por su dependiente, un pobre que se privaría de lo indispensable para sufragarlo.

Entre los discípulos debe reinar la unión y el cariño, no el egoísmo y la desarmonía. Mutuamente deben enseñarse sus deberes. El de más edad no debe aprovecharse de la debilidad de su compañero menor, al contrario, su misión es ser su protector.

No hay que dejarse dominar por el falso orgullo que nos hace parecer humillados si nos arrepentimos, sino, reparar francamente nuestro error, que la tranquilidad de nuestra conciencia nos

recompensará de sobra para nuestro bien. El que no se arrepiente ni reconoce el mal que ha hecho, es despreciable y juzgado malvado. Las reparaciones no deben hacerse para conquistar alabanzas, eso sería vanidad. La discordia es prueba de egoísmo porque nace de ambiciones ilegítimas.





XVII

LOS DOS VECINOS

Dos vecinos tenían la preponderancia en el villorio. Uno, involuntariamente; el otro porque la disputaba con furia. El primero, tenía grandes bienes y los ostentaba organizando fiestas que deslumbraban por su boato, repartía á manos llenas cuantiosas limosnas, hacía valiosos donativos á asilos, hospitales y bibliotecas que progresaban y prestaban benefactora utilidad á la población. El segundo, carecía de fortuna, pero picado por celos envi-

diosos se devanaba por igualar, cuando menos, á su contrincante.

El vecino pobre frecuentaba, para la validez de sus pretensiones, lo significativo que acudía á casa del rico. Asentía con gesto desdeñoso las alabanzas que prodigaban á éste, cual diciendo que condescendía por misericordia en convenir que gastaba mucho, bien, generosa y sinceramente, dando á entender que eso no le sorprendía, que él era capaz de sobrepasarle.

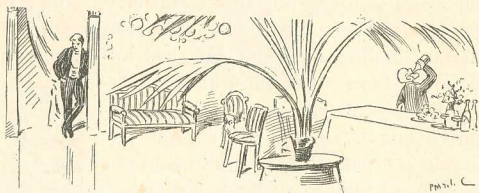
Para probarlo, á raíz de un donativo cuantioso de su enemigo, conocido por casualidad y publicado sin su consentimiento, decidió desbancarle, susurrando, al oído del que quería oírle, que su rico vecino hacía caridad por mero deseo vanidoso de conquistar aureola de santo, magnánimo y poderoso. Que á él, si regalaba limosnas, lo guiaba el loable anhelo de proteger verdaderamente al desvalido ó necesitado y que, en cuanto á las fiestas, cualquiera proporcionaba á sus relaciones, diversiones más hermosas, que dejaban más gratos y duraderos recuerdos.

La voz desacreditadora cundió inmediatamente sin que se la atajase. Envanecido porque no le resistían y ansiando colmar con un acto que patentizara el aparente poder de que se ereía



dueño, invitó á una recepción organizada con fines caritativos, que prometía ser suntuosa, según los preparativos.

Llegada la hora de la aparición de los invitados, el fatuo pobre, pavoneábase del efecto que el despliegue de lujo causaría.



¡Oh! admiración! ¡oh! rabia y bochorno! las salas adornadas de exprofeso para la reunión, no daban asilo á ningún amigo!

¿Qué significaba esa ausencia? ¿no habrían recibido la esquila de cita?

Allá, á las dos horas de angustiosa espera, cariacontecido por su derrota que se negaba á creer, vió venir, como para asistir al desastre de su vanidad envidiosa y calumniadora, á tres ó cuatro invitados.

Acongojado y quizá sospechando un desaire voluntario, por el descrédito que arrojará sobre

su vecino, fingióse enfermo y se retiró á consultar con las almohadas lo que sus ojos no veían, porque el engreimiento es rey poderoso que no suelta así no más á su súbdito.

Al siguiente día, sabedor por uno de sus criados que la casa de su envidiado vecino había sido visitada por los invitados á la suya, corrido hasta el colmo y temiendo ser señalado burlonamente, huyó del villorrio para nunca regresar.

Si los amigos callaron al difamar ese hombre malo á su vecino bueno, fué porque meditaron reivindicarle del deshonor que pretendía arrojarle, como testimonio de justicia á sus méritos positivos.

—Hay calumnias que estando fuera de la acción judicial, pertenece su castigo al campo del honor, compuesto de moralizadores severos y resueltos que pongan coto á mezquindades para escarmiento de los viles enemigos de la sociedad —dijeron sus amigos al hombre bueno, que protestaba de la demostración, agradeciéndola, pero exigiendo compadecido que no desairaran á su malparado contendiente.

Moraleja:

Huye aparentar lo que no tienes. Nunca envidies los bienes, obras y virtudes ajenas, porque si no eres capaz de sinceridad y desinterés no es

preciso que calumnies á tu prójimo que los posee. Una de las formas de hacer bien es no hacer mal. Si quieres favorecer y careces de dinero, no desmayes, que hay muchos y tal vez mejores medios de prodigarlos: te quedan los buenos consejos si te los solicitan, tu ayuda moral en el sentido de una recomendación, y si de ti depende directamente dar trabajo y la enseñanza al ignorante de lo indispensable para el desempeño de las funciones que le proporcionas, bríndalas gustoso, tu corazón se expandirá y te será lícito exclamar que eres dichoso porque sirves á tus semejantes.

Se generoso contigo también, evitándote tantas humillaciones, por petulancia tuya. No es malo negar dinero á un necesitado si tú tendrías que pedirlo después, porque no es deber dar lo que no se tiene. La caridad empieza por casa, es decir, resguardándose para no molestar á los demás.

La largueza es un defecto que conduce al despilfarro y por él á la ruina y miseria.

Compadece al vano, al apasionado y ciego que por fuerza recibe duros golpes en la vida, es sabiduría hacerlo.



XVIII

PROMESAS

Por fin, el doctor en Jurisprudencia, don Ambrosio Pereyra, consiguió su más encarecida aspiración, por fin podía revolver, entre sus manos, el diploma de diputado por uno de los más ricos departamentos de la provincia de Córdoba. ¡Cuántos discursos plagados de ideas grandes, pronunciaría en la Cámara! ¡cómo se extendería sobre su tópico favorito, el libre sufragio! ¡su nombre andaría de

boca en boca, de diario en diario, acompañado de elogiosos conceptos por su actuación!

No recordaba que su elección se debía á los votos comprados con el dinero de la venta de una propiedad suya, aumentado con la benevolencia del Gobierno, representado por el jefe político de la región, que le enviara gente para el seguro triunfo de su candidatura. La pomposa argumentación que expondría, resultaría un sarcasmo contra sí mismo. Es que estaba demasiado envanecido con su elección y con el hermoso y extenso programa que publicaría alucinando á sus electores que auguraban una era de prosperidad.

Á muchos prometió empleos y recomendaciones, en agradecimiento al empeño manifestado en elegirlo.

Para su molestia, enojosa, empezó á recibir junto con las tarjetas y cartas de felicitación, infinidad de solicitudes de colocaciones prometidas.

Convino, para sí, no contestar ninguna. Érale imposible satisfacer esas exigencias, y además, ¡que le importaba! ocupaba su banca de diputado, ¡que se arreglaran!

Los peticionantes comprendieron que su elegido, habíase comprometido sólo para colmar su ambición, y renegaron de su extravío y engaño.

Cuando se aproximó la época de la reelección

de don Ambrosio, como le decían los criollos campesinos, bajó á su departamento para alistar gente, olvidando su ingratitud, que guardaran, rencorosos, los desahuciados de protecciones.

Ni uno se presentó.

Triunfó un rival que no prometió mucho. Sin embargo, fué un hombre progresista que trabajó por el adelanto del departamento, abogando y consiguiendo la construcción de puentes, caminos, escuelas y el establecimiento del telégrafo en pequeñas poblaciones, proporcionando, con esto, ocupación á los ciudadanos que le eligieron y á otros que se hicieron sus partidarios.

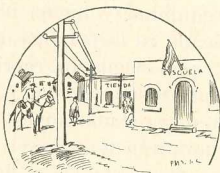
Moraleja:

Prometer en nombre de la patria lo que no se puede ó debe prometer y cumplir, es burlarse de la credulidad y buena fe de los hombres y de la nación en la persona de los ciudadanos, que creyendo elegir un representante con cuyo poder y patriotismo cuentan para el adelanto de aquélla, ven defraudadas sus esperanzas.

Mejor es, no prometer y hacer todo lo humano en cualquier circunstancia de la vida, porque la palabra empeñada no se puede recoger y en el no cumplimiento desmedra el honor y la confianza que se tiene en el individuo: un hombre sin palabra, no es un hombre.

Comprar votos es evidenciar la poca simpatía que á uno tienen, porque en ese caso se avalúa el individuo por el peso de su dinero, no por sus virtudes. Vender su voto es poner la libertad á usufructo del que lo compra, es una especie de alquiler de la voluntad: es una acción que deshonra por la falta de delicadeza y pudor que demuestra desprecio de su propia persona.

Concurrir á elecciones para bienquistarse la benevolencia del elegido, es mofarse de la patria, al ponerla de pantalla que esconde mezquinos intereses privados.





XIX

LOS CONSEJOS DE LA ABUELA

—Te voy á narrar una historieta, querido nieto, que te enseñe lo pésimo de las razones con que estás rebatiendo mis teorías; dijo la señora de González al oír alabar, á su joven descendiente, las chocarrerías de unos camaradas de colegio, niños malcriados y peor dirigidos, que hacían la rabona en lugar de ir á clase y que malgastaban el dinero que sus padres les daban para libros.

En Cañada de Gómez, pueblo de mi nacimiento, residía un matrimonio á quien Dios había regalado un par de niños. Crecieron éstos, demasiado mimados. Iban á la escuela cuando se les antojaba, jamás sabían sus lecciones si por casualidad asistían, maltrataban á sus pequeños condiscípulos, arrojaban reglas, lápices, cascotes y hasta huevos al maestro si les reprendía. Fueron expulsados de varios colegios, donde dejaron recuerdos imborrables: las paredes escritas, embadurnadas, los vidrios rotos, los pupitres rasguñados con cortaplumas y clavos, sucios con tinta. Robaban frutas en los cercados, apedreaban á los transeúntes. Un día prendieron fuego á un galpón de trigo, que se consumió enteramente. ¡Eran unos verdaderos demonios, odiosos!

No se sabía si al ir á paseo se podría regresar sin lastimaduras producidas por los chicos acorralados, que herían á traición y prorrumpían en risotadas festejando sus gracias rudas.

Los padres no les reprendían, hubieran sido capaces de maltratarles también.

En siendo mayores, uno se hizo jugador; el otro no salía de las tabernas. A cada rato les prendían.

Desesperados, los padres, murieron arrepentidos de su debilidad.

El ebrio, pendenciero por naturaleza, criado á la rústica y de mala bebida, provocó un escándalo, dándose de puñaladas con un individuo de su fama, fué conducido á la cárcel y condenado á prisión por muchos años, sucumbiendo pronto á consecuencia del alcohol ingerido, que le enfermó el hígado, degeneróle las funciones del corazón, estando, en ocasiones, en inminente riesgo de declarársele la demencia.



Su hermano fué encarcelado á su vez, por haberle descubierto un cómplice, dueño de una casa de juego, á quien defraudaba.

— Ya ves, nieto mío, — concluyó la abuela, — las terribles consecuencias de los aun más terri-

bles vicios, que practicándolos, dominan de tal modo que es difícil deshacerse de ellos.

—Tienes razón, abuelita querida. He sido un necio al festejarles sus parrandas abominables.



Moraleja :

La embriaguez produce paulatino é incurable desgaste físico, corroe los órganos principales, predispone á la demencia y al idiotismo. El beodo es un individuo digno de conmiseración. Siembra la desgracia para sí y sus descendientes, que forzosamente heredan gran parte de los defectos fisiológicos causados por la destemplanza, estando en peligro de contraer las más crueles enfermedades : la decrepitud prematura, el raquitismo, la tubercu-

losis y, lo que es peor, la amenaza de la cárcel, porque el escaso desarrollo, las insuficiencias en los órganos conducen á depresiones morales que debilitan el carácter y aposentan tendencias malévolas que se arraigan é impulsan al crimen, haciéndose sentir en sus sucesores, los cuales, para librarse de esa influencia envenenada deben recurrir á poderosa fuerza de voluntad, si al nacer no llevan ya infiltrado el germen de sus desgracias futuras.

La mayoría de los alienados lo son por alcoholismo consuetudinario ó herencia alcohólica; la mayoría de los criminales lo son por idéntico motivo.

Predicar el antialcoholismo es propender á la generosa regeneración de la humanidad, porque evita sufrimientos á inocentes criaturas, el dolor y la vergüenza de familias que han visto manchado su nombre por esos infelices.

Su denigrante compañero, el juego, que provoca la ruina de las honras, el hambre de las familias, la miseria moral de los jugadores, al que siguen el fraude, el asesinato, y como á la embriaguez la pérdida de la dignidad, es otro mal cuyo exterminio debe secundarse porque es un peligro nacional, un enemigo fiero de la paz del hogar, base de la sociedad.

Los padres que por incuria, por debilidad de carácter no corrigen á sus hijos y no les inculcan sanas y morales doctrinas que les hagan mirar y apartarse con horror de infamantes vicios ó costumbres, que al injertarse en las jóvenes almas, por tolerancia benevolente, por cariño comprendido al revés, cercano á la indiferencia de las desgracias consecuentes, esos padres no merecen el bello nombre de creadores de la sociedad, ni de educadores de ciudadanos, son más bien envenenadores del género humano y enturbiadores de su felicidad.

EL SOLITARIO



En la selva Montiel, que ocupa casi la mitad de la provincia de E. Ríos, moraba, cobijado apenas por las enramadas que tejieran los árboles y lianas, un hombre que desconocía el origen de su residencia en ese paraje.

En días de lluvia se arrebuja en un grueso manto de pieles, sin curtir ni coser, sujetas á su cuerpo por tiras de cuero, que también le abrigan en invierno.

Se alimentaba de pájaros y cuadrúpedos pequeños que pueblan la selva. Cazábalos con trampas y lazos imaginados por él, á seguida de grandes cavilaciones, aguijoneado por el hambre, que le sugestionaba á inventar medios para combatirla. Asaba las carnes al sol, sin sazonar, ó las secaba.

No extrañaba la ausencia de utensilios é ingredientes para la comida, desprovisto como estaba de nociones sobre su existencia.

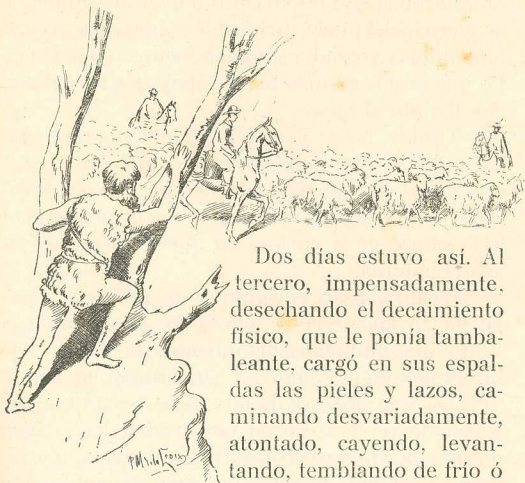
Bebía el agua de las lluvias ó de los arroyos, y en tiempos de sequía sufría enormemente con su falta. Masticaba entonces hojas refrescantes que hacíanle la ilusión de satisfacer la sed, tomando á veces el enfangado líquido de alguna laguna.

Transcurría las noches en continuo alerta, por temor á los animales salvajes ó cazando; los días, durmiendo ó estirado perezosamente, dejando vagar la vista que no fijaba en nada.

Al despertarse en su rústico lecho de tierra y helechos, muchísimas víboras, atraídas por el calor de su persona, huían, azoradas, de sus vestiduras, al levantarse para desparramarlas ó emprender sus excursiones.

En una de estas ocasiones, sintió un malestar raro, que los dientes le castañeteaban, le acometían escalofríos, desvanecimientos, y que le invadía una pena que no definía, concluyendo por

abatirle, sumirle en la inconsciencia para acabar en un sueño agitado del que retornó con ansias de llorar y una sed ardentísima, insaciable porque su debilidad se lo vedaba.



Dos días estuvo así. Al tercero, impensadamente, desechando el decaimiento físico, que le ponía tambaleante, cargó en sus espaldas las pieles y lazos, caminando desvariadamente, atontado, cayendo, levantando, temblando de frío ó

ahogándose de calor por la fiebre, durante quién sabe cuántos días, en dirección al Naciente, tropezando con árboles, arbustos y enredaderas, hasta encontrarse con claros que mostraban, en lontananza, prominencias de terreno cubiertas de pasto.

Sorprendióse al ver puntos que le parecieron animales, porque pastaban (eran ovejas), un bulto (rancho), del que salía gente que le asustaron al subirse en otros animales (caballos), en los que caminaron aprisa impulsados por un movimiento de piernas del jinete, dirigiéndose hacia las ovejas, juntándolas y conduciéndolas á un cerco (corral). Lo que más le admiró fué el ropaje que les cubría, tan distinto al suyo.

Timido, no se atrevió á denotar su presencia. Escondióse tras unos espinillos que semejaban una pared por lo trenzado de sus ramas, devorado por el hambre, en espera de la obscuridad para satisfacer la curiosidad que le sacaba de su apatía habitual.

Pasito á paso, encaminóse á la vivienda, envuelta en las tinieblas, encogido, se asomó á la ventanilla, iluminada débilmente, quedando deslumbrado, boquiabierto al vislumbrar las comodidades y la dulzura de una vida de familia que, rodeando un brasero en que borbotaba el agua de una *pava*, conversaba tranquilamente, derramando ternuras los ojos que se posaban de uno en otro, le asaltó el desconuelo que le conmovía á sollozar, infiltrándole infinita tristeza á medida que iba comprendiendo su desdicha, su soledad, la inexistencia de seres que le acompañasen y

amaran, á los que, unido por sólido afecto le harían felicísima la vida; él tampoco tenía casa, utensilios, muebles, vestidos, animales, á mano!

Preso de la fiebre que recrudecía, convencido de su inútil aislamiento, alejóse lentamente de aquel sitio, yendo á caer en la selva, gimiendo, pensando que nadie le socorrería.



Moraleja :

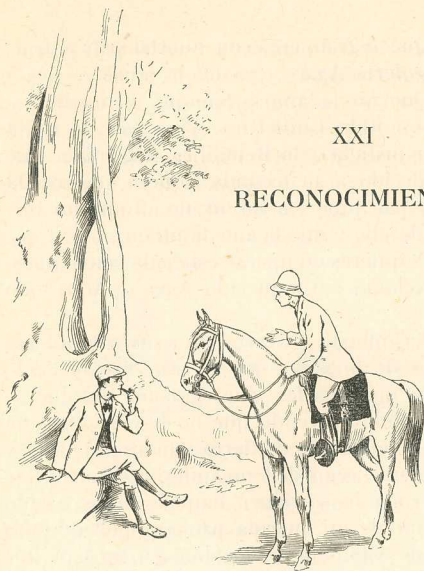
El hombre se siente atraído á sus semejantes, sin los cuales la vida es un tormento, más no disfrutando el amor de una familia que le compense de los sinsabores que los contratiempos involuntarios inherentes á la lucha por la existencia le pueden sobrevenir. Ni el egoísta goza en el natural vacío que se forma á su alrededor, ansiando compañía, como los prisioneros que aun sabiéndola cerca se sienten desdichados, mucho más desgraciados que si les escaseara el alimento.

Aislarse por gusto, es contribuir á su propia ruina, se es un extranjero en el mundo, de

quien se desconfía por su encerramiento, un infeliz sin amigos, sin esperanza de socorro, consuelo ó alivio en la desgracia; es contradecir la naturaleza del hombre, que tiende á la asociación, á la ayuda mutua, á la armonía y, por consiguiente, á mejorar la situación de la humanidad.

Vivir únicamente para uno, es egoísmo. Consagrarse al bien de otros, es generosidad.

RECONOCIMIENTO



Agar, ciudadano inglés radicado en la República, respondió con altanería á su compatriota Guillermo, que hacía noble defensa del país que eligieron ambos por segunda patria, en donde habían encontrado trabajo, bienestar y salud.

— ¡Qué ingrato eres con nuestra patria, traidor! — profería Agar — ¡ya no la amas!

— ¡Que no la amo! ¡Siempre y mucho! — replicó resentido Guillermo; pero eso no quita que haga justicia á la República Argentina; que sea agradecido á su fecunda riqueza que me da trabajo y pan; que sea, en fin, un admirador respetuoso de ella y que la ame también.

— ¿Y quieres comparar este país con el nuestro? — exclamó enronquecido Agar. — Aquí todo es feo...

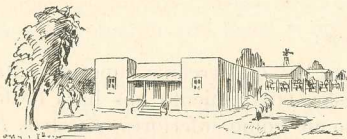
— Permíteme: Tú eres de esos adoradores fervientes de lo suyo, que cierran los ojos á lo bueno de otras partes, por egoísmo, porque se han engañado creyendo que no hay civilización más que en el pedazo de tierra que les vió nacer y por ignorante ceguedad no quieren convencerse de su error y lo sostienen empedernidos. Siento que un hijo de mi querida patria, inglés de pura sangre, dé esta nota discordante en un país que recibe al extranjero como á un hermano y que le ofrece facilidades para la existencia cual ninguno.

— Y yo siento, — gritó encolerizado Agar — que un súbdito de su Graciosa Majestad olvide que á nadie debe respeto sino á su soberano.

— ¡Deliras! — gritó Guillermo encolerizado á su vez por la bellaquería de su compatriota. — Aquí

somos extranjeros, y aunque no lo fuéramos debemos respetar al Gobierno, á la Constitución, á los ciudadanos de esta noble nación, y así nos respetamos nosotros mismos y hacemoslo con Inglaterra cuyos hijos, se dirá, son hombres cultos que la honran con su conducta.

— ¡Estás loco! No seré yo quien les obedezca. Gente que no sabe ni gobernarse..., que viven en continua revolución!



— ¡Bonita disculpa! Las revoluciones son su mal y su descrédito, es verdad, mas de ahí á que no son capaces de gobernarse, que no se les debe respetar, hay gran distancia.

— ¡Algún interés te lleva al hacer tanta gala de sus bondades!

— El de la justicia nada más, el del reconocimiento y respeto que deseo para nuestra gran Inglaterra si un extranjero la faltase; mas en mi caso: cuando vine no tenía un centavo y ahora cuento con una regular fortunita...

— ¡Tu fortuna la debes á tu trabajo!



—En Inglaterra no la hubiera formado, hay menos facilidades... Tú lo sabes, sino, ¿por qué emigraste?

—¡No me convencerás, —balbuceó Agar, poniéndose rojo y yéndose enfurruñado por lo que llamaba desamor á su patria.

—El país se encargará de ello, —dijose Guillermo.—Por mi parte no toleraré que un inglés niegue los beneficios que recibe en esta tierra hospitalaria.

Moraleja :

Nunca hay que creerse superior á otro, porque nuestro engreimiento nos hará destacarnos precisamente como inferiores, nuestros defectos estarán á la vista. La inteligencia es propiedad de todas las razas y de todos los climas. En todas las naciones existen defectos. Es tarea de patriotas destruirlos.

Despreciar un país por los errores de algunos mal aconsejados hijos es ridículo, el que desprecia posiblemente los ha cometido.

Cuando un individuo se ampara bajo las leyes de una nación, yendo á habitar en ella, debe respetarla como los ciudadanos nativos, estar agradecido á los beneficios que su nueva patria le proporciona. Si fracasa en sus empresas debe

pensar que es por su ineptitud ó cualquier otra causa, no por inhospitalidad del país desde que no fué inhospitalitario para otros.

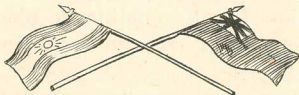
Amar la patria de adopción, como á la propia es considerarse su hijo verdadero, es hermoso rasgo de abnegación que los nativos deben apreciar. ¡poneos en su caso!

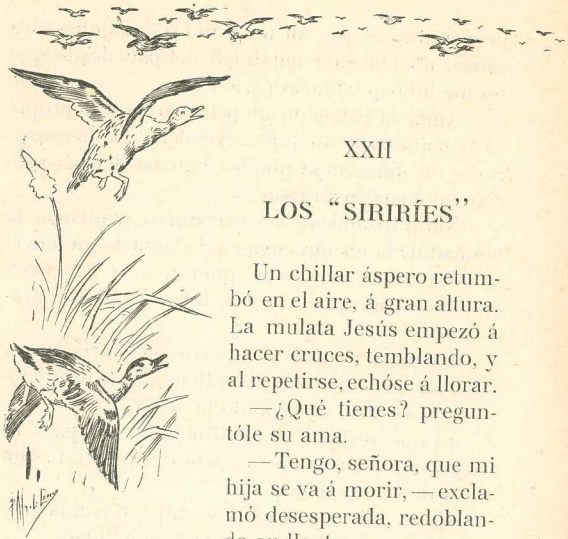
Naturalizándose, el extranjero evidencia la bondad de la nación cuya ciudadanía desea tener: ¡cuánto más extranjeros quieran este beneficio, mejor se conceptuarán sus leyes y administración!

Respetar y amar á su segunda patria no es desdeñar la verdadera, ni traicionar sus tradiciones, es honrarla respetando la ajena.

El que respeta las instituciones del país, es acogido con benevolencia, cariño y simpatía: es un factor de su progreso.

Es envidia, ignorancia y egoísmo conducirse en contra de los deberes de la hospitalidad.





XXII

LOS “SIRIRÍES”

Un chillar áspero retumbó en el aire, á gran altura. La mulata Jesús empezó á hacer cruces, temblando, y al repetirse, echóse á llorar.

—¿Qué tienes? preguntó su ama.

—Tengo, señora, que mi hija se va á morir, — exclamó desesperada, redoblando su llanto.

—Pues, esta mañana, el doctor la dió de alta. Mira como ríe y juega... — dijo, señalándole, en el jardín, una tierna mulatilla de blanquísimos dientes, que sonreía saltando con los niños de la casa.

—Es que recientemente han pasado siriríes, señora...

— ¡Ah! ya comprendo... Eres supersticiosa... Desecha, hija mía, ese miedo... No veas malos augurios en un hecho tan vulgar y natural en la campaña... ¿No sabes que esas aves, por instinto, vuelan hacia el lugar donde ha llovido? También, entonces, debías ver la desgracia en las lluvias, que los atrae, y, sin embargo, tú convienes en que son útiles á los campos.



— Pero: ¿sintió como gritaban, señora?

— ¡Ya lo creo! — Y segura de que la manera de consolarla sería tergiversar la interpretación funesta que pretendía darle, replicó, sonriendo compasiva. — Decían: “la hija de Jesús, ya sanó; mejor, mejor.”

— ¿De veras, señora? — interrogó serenándose.

— ¿No te lo digo...? Como quieres tanto á tu hija, temiste perderla. Esas aves gritan amenazas para los que dañan al prójimo, nunca para los buenos.

— Es que lo dice doña Luisa, la adivina.

— Lo dice porque tal vez no tiene la conciencia tranquila.

— Eso, puede ser, señora...

Consolada la mulata, prometióse seguir conduciéndose rectamente y enseñarlo á su hija, para que los "siriries" le chillaran buenos augurios.

Su ama, fuése reflexionando sobre las aflicciones de la gente supersticiosa, que se amargan su felicidad, aflicciones causadas por la ignorancia y que no prosperarían si la instrucción irradiara luz en esos cerebros.

Caritativamente pensó los medios de destruir las erradas creencias de la inocente mulata, que si por un momento se calmaba, pronto volvía á dudar.

Valióse de infinidad de artimañas, figuró gritos de aves, puso cuchillos en cruz, volcó saleros, etcétera, etc., haciéndole ver el error de sus malos cálculos, al fracasar el hecho temido.

El plan educativo surtió efecto. La mulata abjuró de sus supersticiones, aprendiendo que la mala conducta es el anuncio de desgracias, que

una conciencia intranquila las hace temer. Recordando sus miedos pasados solía decir riéndose:

— ¡Qué tonta era yo!

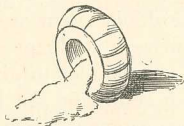
Moraleja:

La ignorancia crea fantasías terroríficas ó halagüeñas, disfrazando ambas la realidad.

La instrucción, convidando al raciocinio, despeja esas alucinaciones que dañan al hombre, porque el temor de desgracias le sugestionará y temerá emprender obras que le beneficiarían; las ilusiones halagadoras le engañarán atrayéndole al fracaso.

Creer en los agüeros es tan irrazonable como suponer el nacimiento de una planta sin haber sembrado la semilla.

La advertencia de nuestra conciencia es lo que debe detenernos á pensar en los resultados de nuestras acciones: en la infancia y adolescencia los consejos y ejemplos de nuestros mayores á quienes debemos consultar siempre.



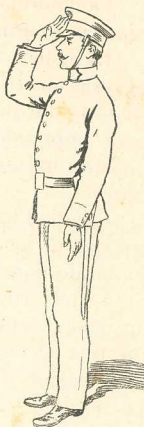
XXIII

EL EXPÓSITO

Ya no se contaban las veces que el látigo de don Eugenio había amoratado las espaldas de Francisco, un expósito de diez años, criado y legado por su esposa al morir.

Por fútiles pretextos le reñía, montando en cólera con la facilidad que su deficiente instrucción, su más escasa educación moral le daban, aunadas á una enfermedad que comenzaba sus efectos destructores, alentada por las crisis borrascosas de rabia indomitable, cuya víctima indefensa debía sufrirlas pacientemente sino quería exponerse á suplicios crueles.

Á los golpes sucedían las injurias, la perversa burla de su triste condición. El llanto de Francisco atraía nuevos azotes y sarcasmos.



El niño no podía pensar en escaparse. Su amo le vigilaba estrechamente como á un esclavo sospechado de desear la conclusión de esos tratamientos inhumanos.

Tanto castigo y la zozobra en que el desgraciado vivía le embotaron la imaginación, le endurecieron el cuerpo y si no llegó á idiota fué por milagro.



Don Eugenio no le mandó á la escuela, como era su deber, ni le enseñó más que á servirle sin chistar, creciendo Francisco, ignorante del mundo, que se componía de su amo y su perro, porque no le permitía salir para evitar que gustara de la libertad.

Á los veinte años, como no estaba inscripto en los registros militares, aunque sí en los parro-

quiales de la villa por la Sociedad de Beneficencia, fué citado á la comandancia militar de la región bajo los apercibimientos de considerarle desertor, expuesto á la pena de prisión y servicio en la frontera por el doble del tiempo que le tocaba servir.

Bien se guardó don Eugenio de comunicárselo. Si reclamaban diría que Francisco no existía. ¡Pues no, se iba á privar de un sirviente barato y dócil!

No contó con la huéspeda. La justicia declaró en rebeldía á Francisco, se presentó con orden de prisión en casa de don Eugenio, que, iracundo en alto grado, despachó á los agentes, desafiándoles á atropellarle. Volvieron éstos con orden de allanamiento, tomarónle preso y fué condenado por secuestro de personas y documentos.

Francisco, que perdonó á su amo los malos tratos, acción admirable en un joven que podría tener adormecida la generosidad por el sufrimiento, fué absuelto, vista su inculpabilidad, y enterado de sus deberes para con la patria, no quiso demorar su cumplimiento.

La inteligencia paulatinamente se le despejó en el trato con sus camaradas de cuartel, donde aprendió á leer, escribir, las operaciones aritméticas, á amar las instituciones de la patria, á servirla, á enorgullecerse de haber nacido en ella.

Gustóle tanto el ejército, que quiso continuar en él.

Hoy ya es sargento, muy estimado por sus jefes y respetado de sus subalternos.

Furioso don Eugenio con la justicia, con su derrota y con la generosidad de Francisco, tuvo un ataque cerebral complicado con el corazón, que le dejó opa como él iba transformando á su ex sirviente.

Moraleja:

Se debe proteger, considerar, respetar y amar á los expósitos puestos bajo nuestra tutela, porque son desgraciados que no conocen padres que con su cariño les alienten, les hagan feliz la existencia dándoles ese apoyo envidiable é indispensable que disfrutan los que tienen la fortuna de no haberlos perdido.

Maltratarlos, esclavizarlos, aprovecharse de sus fuerzas sin recompensarles como si fueran bestias de carga, prohibirles el trato con gente, dejarlos en la ignorancia, mofarse de su triste condición, obligarles á acciones delictuosas, á pecar contra la Constitución, es tener ruindad de alma, es hacerse acreedor al desprecio, al horror de las personas, es ser cruel é infame, es ser digno de la deshonra de ser encarcelado; y si de los tratamientos malvados surgen enfermedades, aniquilamien-

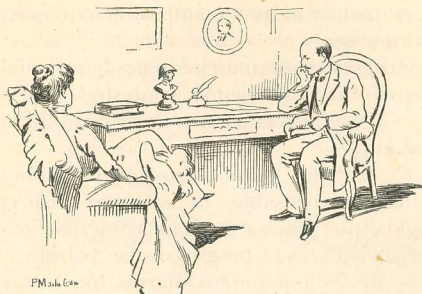
to físico y moral ó la muerte, se es criminal. Un expósito no es culpable del perverso abandono que han hecho de él.

La ira es base de terribles enfermedades, pre-disponiendo á actos criminales] inconscientes ó premeditados, que la costumbre no podrá dominar y encontrará naturales.

La paciencia es una virtud, no estando expuesta nuestra vida, nuestra honra y libertad. Un maltratado debe acusar al que se aprovecha de su debilidad.

Las injurias no deben tolerarse [porque comprometeríase nuestra dignidad. Sin emplear medios violentos se puede imponer respeto á nuestra persona.





XXIV

CONSEJOS DE MUJER

—Tu método de gobierno es espantoso: no tienes derecho de quejarte de los ataques de los diarios llamándote tirano, dictador, —decía la señora de un gobernador de provincia, á su esposo, que, muy resentido, se paseaba nervioso de un costado á otro de su salón, vituperando las críticas sacadas á colación.

— Tú eres mujer, ¿qué sabes!

— Hijo mío: si las mujeres, en general, no entendemos mucho de política, sabemos siempre lo justo de las cosas, sabemos lo que es bueno, lo que es malo y lo que es imposible por más hermoso que sea.

Hizo el caballero un gesto desdeñoso, del que se arrepintió, y, sonriendo, contestó á su esposa:

— Y también saben aconsejar como hombres de Estado...

— No tanto... sería imposible faltándonos la práctica indispensable, la educación especial y escogida que precisa un gobernante patriota que gobierna para hacer progresar á su patria.

— Me fastidia que los diarios, mis ministros, mis amigos, y ahora tú, arriben á que soy harto exigente en el cumplimiento de las leyes.

— El tacto es condición indispensable á un gobernante...

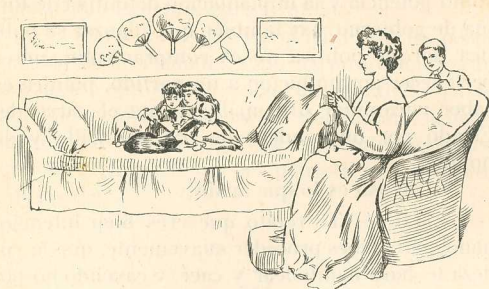
— ¿Quiéres enrostrarme que no lo poseo?

— No tienes suficiente calma y mesura... Perdona mi cruda franqueza.

— Pues... ¿no cumplo acaso?

— Sí; pero quieres imponer radical y demasiado repentinamente la reacción política... Los cambios bruscos de orden gubernativo, patriótico, como los de las costumbres de los pueblos, deben

ser lentos, porque sino levantan oposiciones; hasta cierto modo justas, deja que reflexionen sobre la bondad de tus disposiciones al mejoramiento de nuestra máquina política, basada, indudablemente, en una escrupulosa administración, deja que penetren tu sinceridad y verás que tus ideas serán aplaudidas y comenzarán á practicarse.



— ¡Se conoce que no estás en contacto con los resortes que hay que mover diariamente ! Hoy lo bueno y racional es vencido en la lucha con las influencias de toda clase..., habría que cortar cabezas para que aprendan á no proteger inservibles.

— ¿ Ves ? ¿ cómo podrían no atacarte si hablas de cortar cabezas ?

— Entonces yo, ¡ un hombre que se precia de

honrado! ¿voy á tolerar que saqueen al Estado, cuyo guardián responsable soy?

—No amiguito, eso, jamás. Quiero decirte que para comenzar debes emplear la pena mínima é ir apretando las clavijas de á poco. Estamos en un país joven, su educación es tarea de patriotas: si conseguida su independencia, su afirmación como potencia y la implantación definitiva de forma de gobierno, hay también que afianzar su política, porque política no es comprar votos, no es pertenecer por ambición á un partido, política es saber encaminar diplomáticamente el carro del Estado por un sendero de paz, de brillo y de honor!

—¡Si eso es lo que ansío!

—Lo sé. Te repito que eres bien intencionado, pero debes proceder suavemente, que la rudeza te hará bambolear y caer, y cayendo no podrás realizar tu programa.

—Es verdad... ¡tienes razón! convino pensativo el apasionado gobernador, proponiéndose obedecer los sanos consejos de su esposa, que sólo deseaba el bien de la patria para felicidad de sus hijos, aconsejando con su corazón de madre y de argentina al compañero de su vida.

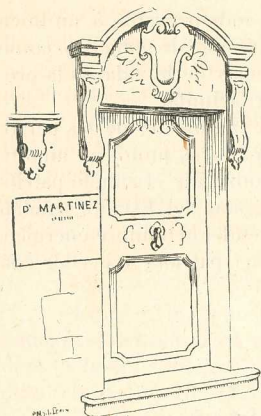
Moraleja:

Con la violencia de los medios se va al fracaso de los fines, por más sensatamente patriotas y justos que éstos sean.

El tino, condición indispensable á un buen patriota, en la administración de gobierno, como en todas las circunstancias de la vida, es la propiedad fundamental para triunfar.

El conocimiento del ambiente, de las personas, de las necesidades públicas, junto con una indomable voluntad de conseguir el anhelo patriótico de mejorar la situación del Estado, señalan la ruta que ha de emprender el hombre enérgico, que será encarnación del patriota vencedor con sus ideales.





XXV

EL DOCTOR

Pedro Pérez, escribiente de una casa de comercio, recurrió al doctor Martínez en demanda de su ciencia, para que le diagnosticara el malestar que

sentía y ponerse en tratamiento si la enfermedad lo requería.

Recetóle, el médico, un método que sería infalible, le dijo, porque su mal, una tuberculosis naciente, atacado á tiempo podía destruirse.

Algo inquieto, aunque con esperanzas de sanar, retiróse decidido á evitar el contacto con las

personas para no contagiar. Mas, cuál no sería su sorpresa y abatimiento cuando al oírse llamado por su amo, en un discurso plagado de reticencias, le declaró que no necesitaba de sus servicios. Demandóle la razón, y aquél confesó, después de vacilar un rato, que el doctor Martínez le había referido la dolencia que le aquejaba, y que era conveniente su separación por el peligro que encerraba para su familia habitando en la casa.



En su doloroso asombro no supo que contestar. Desengañado, separóse de su inhospitalario amo, pensando en su triste destino, en esa enfermedad que no atajaría por carencia de medios. Pasó la noche reflexionando. La vigilia, en una pésima cama de fonda, le excitó contra el médico que faltaba á su deber profesional, y en un raptó de desesperación decidió matarlo. Durmióse agitado por mil pesadillas. Al despertar flaqueó en

su resolución: los rigidos principios morales inculcados por su madre le mostraron el horror de vengarse matando: no era un caso de legítima defensa, el doctor no le atacaba con armas. Entonces se le ocurrió retarlo á duelo, y burlonamente se ridiculizó, acabando por disponerse á acusarlo criminalmente.



Lo hizo, y el doctor Martínez fué condenado.

Un caballero, caritativo y sin aprensiones, colocó á Pedro en su escritorio particular, como forma disimulada de que tuviera asistencia, dándole á propósito poco trabajo.

El joven, sano, se ha transformado en un hombrazo corpulento, incansable en su agradecimiento al caballero generoso que le salvó la vida, le volvió la alegría y le ascendió á secretario, proporcionándole la ocasión de ser un padre de familia modelo y un ciudadano virtuoso.

Moraleja:

El profesional no puede ni debe descubrir los secretos que se le confían. Únicamente le es lícito hacerlo ante la justicia, cuando ésta lo exige, ó á la Asistencia Pública tratándose de enfermedades con carácter epidémico. Debe negarse á dar certificados falsos.

La falta á esta obligación puede producir grandes daños al prójimo, cuyos dolores, miserias y reveses hay que respetar. Su deber es indicarle las medidas profilácticas apelando á su humanidad para no causar, á su vez, un mal.

Vengarse de los contratiempos que nos produce alguna persona es ser malvado. Matar es poseer sentimientos de un degenerado por las enfermedades y los vicios, aun en el furor de la indignación. Nadie tiene derecho á matar. La venganza es detestable.

El duelo es un combate en que el honor y la razón no se definen con las heridas de bala ó de florete, porque el culpable puede resultar ileso y el

ofendido muerto, lo que viene á ser una injusticia, un suicidio por gusto.

Ni enfermos gravemente debemos permitirnos que nos abandone el valor, es de hombres verdaderos no desmayar.

Salvar vidas, reanimar espíritus decaídos, estimular las buenas aspiraciones, conservar ciudadanos, es misión tan bella que no tiene calificativos suficientemente elocuentes: es el altruismo en toda su elevada perfección.



XXVI

AMPARO

Un hombre penetró jadeante, sudoroso, con los ojos saltados, sin solicitar permiso, en la casa de una señora viuda, que, al notarle, sobresaltóse y ya iba á implorar su misericordia creyendo que aquél la quería matar, cuando el intruso, con sollozos en la voz, le rogó, por caridad, que le es-

condiera porque le perseguía la policía que le buscaba por estar acusado de un crimen.

— No tenga miedo,—dijo la señora,—estará en mi casa muy seguro... Considero un honor que se confíe en mí... Nadie niega un asilo al que lo pide...

— ¡Gracias...! gracias...—murmuró lloroso el desgraciado criminal, tal vez arrepentido hondamente.

— No hay tiempo que perder... — contestóle eludiendo las manifestaciones ardientes de agradecimiento... Venga... — y le hizo pasar á un desván, escondiéndole entre 'el techo y el cielo raso, que tenía una abertura disimulada.

La policía golpeó á la puerta.

Serena, en apariencia, fué la señora á recibirla.

Negó, heroicamente, la estancia del criminal. Y ante la duda socarrona expresada por los agentes, les introdujo y ayudó á revisar la casa.

Se retiraron sin capturar al perseguido; pero desconfiando una jugarreta, dejaron guardia en los alrededores.

Corrió la señora al desván, dió alimento al infeliz, más muerto que vivo, y le aconsejó que escapara, que se disfrazara con uno de sus vestidos, que no le reconocerían.

Vistióse el hombre y bajó al patio, donde le aguardaba la señora.

Hincóse y le besó la mano, diciéndole conmovido:

—Nunca olvidaré su bondad... Pocos se exponen á ser llamados encubridores de un asesino... —y salió sin que le molestaran.



La señora estalló en llanto, sus nervios en tensión no pudieron resistir más, sus fuerzas la abandonaron y cayó insensible.

Había sido demasiado fuerte la prueba, demasiado grande la zozobra, de que descubrieran á su asilado.

Moraleja :

Negar asilo, aunque sea á un prófugo, es inhumano. Darlo, exponiéndose á los reproches de la justicia, es ser abnegado.

Es egoísmo solicitar protección comprometiéndola paz y la reputación de las personas. Si uno ha delinquido debe ser lo bastante generoso para no arrastrar á otros en su caída.

XXVII

LAS COSAS EN SU LUGAR



Por no querer hacerse cómplice de los atropellos de un superior que, violando la Constitución, pretendiendo encarcelar, sin ser culpable, á un individuo, el sargento Carreras fué de tal modo hostilizado que tuvo que abandonar su puesto. La injusticia de las intrigas, que le hicieron víctima expiatoria de las ambiciones de ese superior, que buscaba vengarse de rivalidades políticas, y á quien explicó su conducta apoyándose en las leyes, le exasperaron, no tanto porque le hacía falta el sueldo, sino porque su nombre quedaba empañado con las nebulosidades que siempre acompañan las causas, injustificadas aparentemente, de cambiar de colocación.

Hombre de honor, exclamó:

— Las cosas no quedarán así...

Acudió á un diario opositor al gobierno, porque sería más imparcial. Expuso su queja al director, que le prometió darla á la publicidad, efectuada una investigación se creta para comprobarla y agregar nuevas pruebas si era posible.

El diario, de gran circulación y crédito sacó á luz el asunto que, llegando al ministerio de Gobierno, hizo levantar un sumario al arbitrario superior, que fué exonerado.



— Ya dije que las cosas no quedarían así... — repitió, á manera de epílogo el otra vez sargento Carreras.

Moraleja :

Un inferior tiene el deber de cumplir las órdenes de su superior siempre que éste no le mande proceder en contraposición con las leyes. Obedeciendo mandatos improcedentes se convierte en cómplice y se expone á idéntica pena. Debe pedir por escrito esas órdenes, para que la responsabilidad caiga sobre el verdadero culpable. Si es impropio discutir las disposiciones de un supe-

rior, no lo es decirle los artículos de los reglamentos en que aparecen prohibidas aquéllas.

Un superior nunca debe pretender que un inferior se conduzca contra las leyes, cuyo representante y fiel cumplidor debe ser.

Cuando se denuncian concretamente hechos arbitrarios que hieren la moral pública, es obligación de la prensa y de los ciudadanos, levantar una campaña hasta conseguir una solución justa que vuelva por su respeto.

Rosario, Junio, 1909.



